
MAQUINAS REBELDES
GLENN PARRISH
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

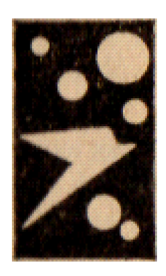
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

13 – Fronteras del terror, *Peter Debry*.
14 – Un enviado a la Tierra, *Marcus Sidereo*.
15 – Cronoclismo, *Glenn Parrish*.
16 – Un minuto en la cuarta dimensión, *Ralph Barby*.
17 – Torbellino de horror, *Marcus Sidereo*.

GLENN PARRISH

MÁQUINAS REBELDES

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 18
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 39.425 - 1970

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1970

CAPITULO PRIMERO

«Orden especial núm. 457/II-C 30.
dirigida al
inspector Kenneth Osma, núm. 8.775/IV-R.

Asunto:
Investigación a realizar sobre puestos avanzados destinados a exploración, contacto con nativos, comercio y establecimiento posibles colonias.

Antecedentes:
En los últimos seis meses, cuatro P A, los señalados en la hoja adjunta número 1, han sido abandonados por sus ocupantes, todos los cuales han desaparecido sin dejar el menor rastro y sin que sucediese nada previamente que permitiese adivinar o prevenir tal abandono.

Diferentes expediciones han encontrado los P A en estado completamente normal, con todo el equipo y almacenes en perfecto estado, sin el menor rastro de lucha o combate, y sin que se haya hallado nada que justifique tal abandono.

El inspector mencionado en la presente orden practicará una exhaustiva investigación con el fin de esclarecer la verdad de lo ocurrido. Sus atribuciones serán ilimitadas, dentro de lo establecido por los códigos 4-F y Rykker-2, no señalándosele tiempo determinado para el término de la investigación, aunque se estimará como mérito personal la mayor brevedad posible en la misión asignada. Asimismo, los medios que emplee para el cumplimiento de tal misión quedarán a su libre discreción, pero teniendo en cuenta siempre los ya mencionados códigos.

Por la Junta Central de Exploración y Establecimiento en Planetas Extraterrestres,
T. LESSEY
Tercer Presidente

Hoja adjunta núm. 1.
Relación de los puestos avanzados objeto de abandono:
Núm. 551/V, planeta Acteón II. (Véase situación en mapa adjunto a la presente hoja.)
Núm. 23.072, planeta Foris/I (Idem., idem. sobre situación)
Núm. 14, planeta Equoor/XIV (Idem., idem.)
Núm. 790, planeta Trimor/IX (Idem., idem.)

Hoja adjunta núm. 2.

Se reproduce mensaje recibido urgentemente, a última hora, del puesto avanzado núm. 80/III, planeta Itx/IV:

Ruego urgente ayuda. Dotación puesto avanzado desaparecida sin causas aparentes. Ignoro suerte corrida por todos los miembros. He quedado yo sola en el P A. Repito: ayuda urgente.

Firmado:
G. HETZLAR
Dra., Vicedirector P A.»

*

Kenneth Osma avanzó con paso rítmico a través del brillante enlosado de cemento vitrificado que constituía el pavimento del gran astropuerto. En la mano izquierda llevaba un pequeño maletín de viaje que contenía sus efectos personales.

Kenneth, Kenny para los íntimos, no demasiados, a decir verdad, vestía el uniforme de inspector de Puestos Avanzados: mono gris plateado, con hombreras rojas, sobre las que se divisaban los dos círculos dorados de su grado. A la edad de treinta y cuatro años, Kenny era uno de los inspectores con mejor porvenir en el cuerpo a que pertenecía.

Sobre el lado izquierdo del pecho ostentaba un rombo, también rojo, con la I de inspector en oro. Su pelo castaño quedaba al aire: era muy poco aficionado a cubrirse la cabeza, salvo cuando no tenía otro remedio. Sus pupilas oscuras escrutaban con interés siempre cuanto le rodeaba, aunque sabía dar a su cara una expresión de cortés indiferencia. Era alto, fornido, de recia musculatura, pero los inspectores no se escogían solamente por sus cualidades físicas.

Ciertamente, la salud era cosa importante. Los inspectores tenían que desenvolverse en mundos a veces tremendamente hostiles, bajo atmósferas de características inimaginables o en planetas de gravedad muchas veces superior a la de la Tierra. Otras veces, se enfrentaban con seres monstruosos, que parecían salidos del lápiz de un demente o con nativos irreductiblemente hostiles. Ciertamente, la vida de un inspector no tenía nada de monótona y sí mucho de arriesgada.

Pero además del físico, la inteligencia también contaba. Más, incluso que lo corporal. Un inspector no era nunca un tonto y si alguna vez relajaba su guardia, se producía una baja en el cuerpo de inspectores de Puestos Avanzados.

Kenny haría el viaje solo.

Los inspectores actuaban siempre solitariamente. Era su privilegio,

casi el mayor peligro que podían correr, al no disponer de un ayudante humano tan siquiera, y también su responsabilidad. Un fallo en la misión encomendada podía tener consecuencias que incluso eran capaces de afectar a la vida de un planeta. Por dicha razón, los fallos eran contadísimos.

Acercose a su nave, un aparato de gran tamaño, de forma lenticular y movido por motores de selección de gravedades. Kenny lo había repasado personalmente; aunque había unos excelentes mecánicos, no gustaba de viajar en un aparato que no hubiera repasado él hasta el último tornillo.

Un oficial del personal de tierra del astropuerto le salió al encuentro con unos papeles en la mano. Era la documentación de vuelo.

Kenny firmó rápidamente.

«La burocracia es la única plaga que sobrevive al paso de los tiempos», pensó, a la vez que devolvía el lápiz al oficial.

—¿Alguna novedad en las últimas horas? —preguntó.

—Ninguna, inspector —contestó el hombre—. Todo sigue igual en Itx/IV.

—Bien, muchas gracias.

—Buena suerte, inspector —le deseó el oficial.

—Gracias, capitán.

Kenny entró en el aparato. Dejó el maletín a un lado y se sentó ante el cuadro de mandos.

La escotilla se cerró automáticamente. Kenny presionó una tecla y al instante se encendió una luz verde que indicaba que los motores habían sido conectados.

Repasó velozmente las distintas pantallas. Todo funcionaba a la perfección.

Acto seguido, tomó un micrófono y dijo:

—Ascensión vertical hasta quinientos kilómetros. Al llegar a esa altura, establecimiento de la órbita más breve para llegar a ITX/IV.

Esperó unos momentos. Aquella orden había, sido recibida por un perfectísimo cerebro electrónico que guiaría a su nave hasta el punto de destino.

Ciertamente, la nave también podía ser pilotada manualmente, pero sólo se hacía en circunstancias excepcionales. Incluso el aterrizaje se hacía automáticamente, aunque, en este caso, Kenny tenía la costumbre de tomar tierra manejando personalmente los controles.

El cerebro electrónico recibió y «dirigió» la orden.

Al cabo de treinta segundos, dio su respuesta verbal:

—La órbita más corta presenta peligros al cruzar en las inmediaciones de Mukros/XVI por torbellinos electromagnéticos que

podrían afectar seriamente los instrumentos de a bordo. Sugiero órbita elusiva pasando por Vassimer/I, Se emplearán tres días más en el viaje, pero habrá absoluta seguridad de llegar sin daños a Itx/IV.

Kenny reflexionó un momento.

La doctora Hetzlar había pedido urgencia en la misión de socorro. Su deber era salvarla cuanto antes, pero si la nave se estropeaba, no conseguiría nada.

—Conforme —respondió al cabo—. ¿Hay posibilidades de aceleración suplementaria?

El cerebro se tomó diez segundos para responder:

—Ninguna. Los datos sobre la órbita más conveniente han sido ya expuestos.

—Bien, entonces, cumpla la orden.

—Enterado.

Kenny trataba de usted a la máquina.

Era un sentimiento de respeto del que no se había podido librar al cabo de años enteros de servicio como inspector de P A Aquel artefacto pensaba y razonaba como un ser humano.

A veces, Kenny sentía frío. Le parecía que tenía a un hombre encerrado de por vida en las entrañas de la nave. Harto sabía que no era así, pero no podía evitarlo.

La nave se elevó en el acto. A los trescientos kilómetros, el cerebro electrónico piloto dijo:

—Recomiendo la ingestión de la droga anuladora de tiempo. Dosis: suficiente para dos semanas.

Kenny asintió.

—Tomaré la droga, pero... ¿podrá esperar la doctora Hetzlar tantos días?

Y el cerebro mecánico respondió:

—Sí, según los antecedentes que poseo. No hay cuidado alguno por la doctora durante el plazo marcado. Sólo un retraso superior podría ocasionarle perjuicios que no se producirán llegando en el límite indicado.

—Conforme —dijo Kenny—. Voy a tomar la droga en la dosis prescrita.

*

Abrió los ojos. Durante unos momentos, Kenny sintió envarados los músculos, hasta que su organismo eliminó por completo los escasos efectos.

La suspensión de las funciones orgánicas había sido casi total. Su respiración se había reducido grandemente y el ritmo cardíaco había bajado a menos de veinte pulsaciones por minuto.

Se pasó una mano por la cara. Había algo que no había dejado de crecer en aquellas dos semanas: la barba. Además, tenía apetito.

En pocos minutos se dio un baño y se pasó por la cara una buena dosis de pasta depiladora. Una vez aseado, se vistió y solicitó a la máquina dispensadora de alimentos la minuta conveniente para un hombre que había dormido dos semanas seguidas.

Una hora más tarde, se sentía como nuevo. Ciertamente, el sueño le había hecho perder algunos kilos, energías consumidas inevitablemente por un organismo que necesitaba seguir viviendo, a pesar de todo; pero no era una pérdida dañina en absoluto y podría compensarla en un par de días.

De nuevo se sentó ante el sillón de mandos. La nave de un inspector de P.A. era espaciosa y disponía de todas las comodidades. No había problemas de sitio por ninguna parte.

Tomó el micrófono.

—Informe sobre la órbita de viaje —pidió.

—Estamos a seis millones de kilómetro de Itx/IV.

Todo en orden —contestó el cerebro—piloto.

—¿Noticias de la doctora Hetzlar?

—Vive todavía. He registrado varios mensajes suyos y también algunos de la Junta Central de Exploración.

—Repítalos. Quiero oírlos.

Kenny escuchó los mensajes. La situación de la doctora no había variado todavía. Desde luego, no tendía a mejorar de modo alguno.

—Anúnciele que estoy llegando y que me dispongo a socorrerla —ordenó.

El cerebro cumplió su mandato. A los pocos minutos, dijo:

—He recibido un mensaje de la doctora Hetzlar. Le recomienda el aterrizaje en la explanada posterior del PA.

—¿Hay peligro si se toma tierra en otro sitio?

—Lo siento. El mensaje se cortó bruscamente.

Kenny apretó los labios.

Tal vez, se dijo, el cerebro había apreciado la situación con demasiado optimismo —con el ciego optimismo de una máquina que no podía tener en cuenta sino los factores que le eran presentados para su análisis. Pues una máquina, por perfeccionada que fuese, carecía siempre de la discreción de juicio de un ser humano.

A menos que se le informase previamente, el cerebro no podría tener en cuenta peligros ni imponderables de los que un inspector conocía por experiencias anteriores. Kenny se preguntó si no había cometido un error al aceptar la órbita propuesta por la máquina.

La duda mordió su espíritu. Sin embargo, no conocería la verdad hasta que hubiera pisado el suelo de Itx/IV.

CAPITULO II

La nave aterrizó lentamente, guiada por las expertas manos de Kenny. Desde la altura, Kenny observó con toda atención las características del puesto avanzado.

Sustancialmente, consistía en un edificio de forma cúbica, de unos cuarenta metros de lado, rematado por una gran cúpula de forma semiesférica, bajo la cual estaban contenidas las antenas de los distintos aparatos de transmisión y detección. Los muros carecían de ventanas aparentemente, aunque Kenny sabía que sus movimientos podían ser observados a simple vista. Había ventanas en aquel edificio que parecía un fuerte antiguo, pero eran de un material análogo al de los muros, que se polarizaba a voluntad, permitiendo la transparencia u opacidad, según las conveniencias de sus habitantes.

Tras uno de los muros del edificio, a unos cuarenta metros, se iniciaba un profundísimo desfiladero, de paredes casi verticales. En el fondo, tan distante que parecía sólo un hilo de plata, corría un río. Kenny conocía el nombre y las características del río y sabía que su anchura real era de más de cincuenta metros. La profundidad del desfiladero aterraba.

Al otro lado se iniciaba una selva espesísima, con árboles de una altura no inferior a los cuarenta metros. La selva era tan extensa, que no se podía ver su fin a menos que se volase a gran altitud.

El cielo de Itx/IV estaba cubierto de nubes. El ambiente era gris, tristón, deprimente.

El cerebro informó:

—Temperatura: doce grados. Presión, mil nueve milibares. Humedad, ochenta y dos por ciento. Fuerza del viento: tres de la escala de Beaufort. Velocidad: treinta y cinco kilómetros por hora. Estamos en el centro de una depresión barométrica que se corre lentamente hacia el Sur. Se anuncia, por tanto, una inminente tempestad. Sugiero la conveniencia de tomar precauciones en tal sentido.

—Enterado y gracias —contestó Kenny.

En el momento de tomar tierra, presionó una tecla.

Cuatro robustos cables de anclaje se dispararon automáticamente.

A pesar de su enorme volumen, la nave era más ligera de lo que aparentaba. Un viento huracanado podía arrastrarla y lanzarla al precipicio. Dado que se le había aconsejado tomar tierra en aquella explanada, Kenny estimó conveniente anclar la nave para no correr riesgos.

Una vez terminada la maniobra de aterrizaje, se puso en pie y

tomó un chaquetón con cuello de piel. Podía haberse puesto un traje climatizado, que le habría aislado por completo de las inclemencias exteriores, pero a Kenny le gustaba el contacto con el medio ambiente, a no ser que se tratase de enfrentarse con una atmósfera imposible de resistir por medios ordinarios.

Tras madura reflexión, se colgó del cinturón la funda de la pistola vibradora. Según se graduase la intensidad de la carga, podía paralizar a un hombre o deshacerle por completo. También se proveyó de un cuchillo de caza; Kenny era hombre práctico y sabía que un arma de esta clase nunca estorbaba; antes al contrario, podía prestarle valiosos servicios, como así había sucedido en más de una ocasión.

Abrió la escotilla. Una ráfaga de aire húmedo, de olor ligeramente picante y bastante frío, penetró en el acto en la cabina. Hizo una mueca y se dirigió hacia la salida.

Momentos después, se posaba en el suelo. La gravedad de Itx/IV era similar a la terrestre.

Entonces vio a la doctora Hetzlar.

Ella había salido del P A por una puerta posterior y llevaba en la mano un rifle vibrador.

—¡Alto! ¡Permanezca donde está! ¡Si se mueve, tiraré a matar! —gritó la mujer con voz llena de resolución.

*

Kenny alzó lentamente las manos. En modo alguno sentía deseos de recibir una descarga vibradora.

Observó a la mujer. Ella vestía un traje de una sola pieza, de tejido esponjoso y color azul claro, que moldeaba con firmes trazos unas curvas femeninas de indudable solidez. Su pelo era muy claro, corto como el de un muchacho, y sus pupilas parecían tan azules como el traje que llevaba puesto.

—Soy el inspector Kenneth Osma —se presentó el recién llegado—. ¿Hablo con la doctora Hetzlar?

—La misma —respondió ella—. Avance, pero no baje las manos, inspector.

Kenny echó a andar. La doctora permanecía en la misma posición.

—No debe desconfiar de mí, doctora —dijo Kenny en tono persuasivo—. Le mostraré mis credenciales...

—Después de lo que ha ocurrido en este puesto avanzado, no confío en nadie. Su documentación, por favor..., pero recuerde que está bajo la amenaza de mi rifle.

Kenny sonrió. Se desabrochó el chaquetón y sacó, del bolsillo interior una tarjeta metálica con sus datos personales.

Ella tomó la tarjeta y la examinó con gran detenimiento. Al cabo casi de un minuto, la devolvió a su dueño.

—Está bien, ahora ya sé que es usted el inspector Osma. —Bajó el rifle y se pasó una mano por la cara—. Dispénseme, pero la tensión de los últimos días ha sido sencillamente inaguantable.

—Lo comprendo —sonrió Kenny—. Está usted muy ojerosa.

—Esto no es vida —dijo ella desanimadamente—. Ni siquiera sé cómo he podido soportado durante tanto tiempo, pero venga, por favor; los barómetros anuncian tempestad y cuando eso sucede, no se puede permanecer fuera del puesto.

Entraron en el edificio. La doctora cerró la puerta, avanzó a lo largo de un corredor y subió luego por una escalera, que les llevó a un gran salón situado en el último piso.

El muro era transparente en una gran extensión. El salón estaba amueblado con gusto y comodidad.

—¿Quiere tomar algo, inspector? —invitó ella—. Tengo de todo...

—Café, si no le importa, doctora. ¿Corre peligro en estos momentos?

—Todavía no lo sé. Éramos veinte y sólo quedo yo, inspector.

La doctora estaba junto a una máquina automática. Al cabo de unos segundos, tenía llenos dos vasos de plástico, uno de los cuales entregó a su visitante.

—Así que han desaparecido diecinueve miembros de la dotación de este puesto avanzado —dijo Kenny, después de los primeros sorbos de café.

—En efecto. Yo soy la única que queda... y no digo superviviente, porque no sé la suerte que han corrido los otros... En estos momentos, ignoro si viven o han muerto.

Kenny dejó a un lado el vaso ya vacío.

—¿Cómo desaparecieron? —preguntó.

—Se fueron, simplemente —contestó ella, sentándose en un butacón cerca del gran ventanal.

—¿Todos a la vez?

—En dos grupos. Un día faltaron trece y a las veinticuatro horas, desaparecieron los seis restantes. Quedé sola, pedí socorro... y eso es todo, inspector.

Kenny meditó un instante.

—¿Nativos? —sugirió.

—Son amables y cooperadores. Además, no llevan nunca armas. No creo que hayan sido ellos.

—¿Qué aspecto físico tienen?

—Corriente, con piel atezada, ya que visten someramente, salvo en momentos de tempestad. Corteses, educados..., pero primitivos.

—¿Hay algún poblado nativo cerca del puesto avanzado?

—Uno, a cosa de quince kilómetros hacia el Nordeste.

—¿Ha estado usted en ese poblado?

—Muchísimas veces y siempre por asuntos de mi profesión. Soy antropólogo, especialmente, aunque también me licencié en Medicina —explicó la joven.

—De modo que le atrae la antropología.

—Sí. Los nativos de Itx/IV son fascinantes, científicamente hablando, por supuesto. Es una sociedad muy evolucionada en sentido humanístico, pero en la cuestión científica muy atrasada.

—Quizá sea una ventaja —opinó Kenny.

Un chorro de viento golpeó de repente contra el ventanal, que vibró tenuemente. Las gotas de agua se estrellaron contra el muro transparente. Kenny observó con gran asombro que eran gotas tan gruesas como el puño.

—¿No hay peligro de que ceda el muro polarizado? —preguntó.

—Ninguno. Resistiría viento de hasta quinientos kilómetros por hora. Hasta ahora, la máxima velocidad observada ha sido de doscientos sesenta a la hora —contestó ella.

—Muy bien, entonces, tranquilos a ese respecto. Hablábamos de los nativos. Están muy atrasados científicamente según usted..., pero los pueblos atrasados viven de otro modo que los muy civilizados.

—¿Qué es lo que quiere decir usted, inspector? —preguntó la doctora.

—Bien, en los pueblos atrasados es corriente emplear cosas que no se utilizan ya en medios más civilizados.

—¿Por ejemplo?

—Drogas.

—¿Drogas? —repitió ella, extrañada.

—Sí. Un pueblo salvaje tiene siempre un hechicero, que es, digamos, el jefe religioso, ya que también hay un jefe político. Ese hechicero, a fin de mantener su autoridad en el terreno que nosotros consideraríamos supersticioso, emplea muchos medios... algunos de los cuales suelen ser raras medicinas compuestas con hierbas extrañas, de cuyos efectos nos asombraríamos nosotros mismos.

—Y usted sugiere que el supuesto hechicero pudo emplear una de sus drogas, de tipo hipnótico, desde luego, para hacer que diecinueve personas abandonasen el P A.

—Podría ser una hipótesis razonable, ¿no cree?

La doctora hizo un signo negativo.

—No, por dos razones. Primera: no hay hechicero. Segunda: no emplean medios supuestamente mágicos. Emplastos de hierbas para curar heridas, a lo sumo, pero nada más.

—¿Comían ustedes productos naturales?

—No. Sólo nos alimentábamos con las existencias del almacén de

víveres. No comíamos nada que no procediese de la Tierra —aseguró la doctora, muy seria—. La hipótesis de la ingestión de una droga a través de los alimentos debe quedar descartada.

—El abandono del P A ¿se produjo tumultuariamente? ¿Hubo escándalo previo? ¿Se originó algún alboroto o discusión violenta?

—No, en absoluto. Había algunas discusiones de tanto en tanto... lo normal en unas personas destacadas en un mundo extraño a tantos años luz de la Tierra, pero nada de importancia. En una primera etapa faltaron trece y seis en la segunda, sin ruidos ni escándalos.

—Vamos, de la noche a la mañana.

—La frase es absolutamente exacta, inspector.

Más rachas de viento golpearon el ventanal. Ahora caía al otro lado una verdadera cortina de agua.

—Había aquí, creo, varias mujeres —dijo Kenny—. ¿No se provocaron escenas a causa de ellas?

—No, en este sentido, el equilibrio de los miembros del P A era perfecto. Había algunos individuos que parecían más necesitados de afecto que otros..., pero ello no provocó nunca una discusión de resultados perniciosos para la buena marcha del P A.

La doctora enrojeció ligeramente.

—Esos sujetos hacían frecuentes viajes a la aldea nativa —añadió —. Las muchachas indígenas son muy hermosas y amables.

—Comprendo —sonrió Kenny—. Entonces, para usted, las causas de esa desaparición son absolutamente incomprensibles.

—Exacto, inspector.

Una nueva ráfaga de viento hizo vibrar sordamente los muros del edificio. El agua que caía no permitía la visión a más de dos o tres metros de distancia.

—¿Son frecuentes estos temporales, doctora? —preguntó Kenny.

—No. Este parece tener una fuerza inusitada —respondió ella—. Francamente, no había visto ninguno de semejantes características.

Kenny arrugó la nariz.

—El viento sopla con excesiva fuerza —comentó—. ¿Dónde está la sala de observación meteorológica, doctora?

Ella se puso en pie.

—Sígame, inspector —dijo.

Kenny caminó detrás de la joven. Era muy alta y se movía con singular facilidad.

—Por cierto, doctora —dijo—. Todavía no conozco su nombre.

—Graüben, inspector —contestó ella.

CAPITULO III

La esfera del anemómetro marcaba doscientos ochenta y cinco kilómetros a la hora. Kenny torció el gesto.

—Usted me dijo antes que la máxima velocidad registrada hasta ahora había sido de doscientos sesenta kilómetros por hora.

Graüben se encogió de hombros.

—Se lo oí comentar a los meteorólogos —contestó—. Recuerde que ésta no es mi especialidad.

—Claro —murmuró él—. He notado un ligero aroma picante en el aire. ¿Cree que ello pudo influir en el abandono del P A?

—No, desde luego. En ese caso, el abandono tendría que haberse producido ya hace mucho tiempo. Yo llevo año y medio en Itx/IX y en comparación con otros se puede decir que era recién llegada.

—Pero nunca usaron máscaras para salir al exterior.

—¿Por qué? El aire es perfectamente respirable...

—¿No oyó nunca ningún comentario acerca de ese olor picante?

—Se decía que era un olor sui géneris, propio del planeta, pero los análisis de la atmósfera no dieron resultados fuera de lo normal. Al menos, ésos son los informes que yo tengo, inspector.

Kenny asintió. Una terrible ráfaga de viento azotó con fuerza los muros del edificio. La aguja del anemómetro saltó de pronto a la cifra 310.

—Espero que este caserón resista —dijo Kenny, más aprensivo de lo que le habría gustado sentirse—. Dos preguntas más, doctora.

—Sí, inspector —accedió Graüben.

—Primera: Usted envió un mensaje, indicando el punto de aterrizaje. Ese mensaje se cortó bruscamente. ¿Conoce los motivos?

Graüben sacudió la cabeza.

—No. Yo lo emití completo. Incluso dije que en esa explanada, su nave podría estar protegida del huracán por el edificio. Recuerde la dirección del viento.

Kenny se quedó con la boca abierta.

—Esa parte del mensaje no me llegó —dijo.

—Lo siento, inspector. Yo había estado observando el barómetro y me pareció conveniente...

—Está bien —cortó Kenny—. Y la segunda pregunta... ¿Por qué me recibió usted con un arma en las manos?

—Llevaba casi tres semanas sola —explicó Graüben—. Tenía los nervios a punto de estallar. Ya no me fiaba de nada ni de nadie... Le presento mis excusas, inspector.

Kenny sonrió comprensivamente.

—En medio de todo, una precaución muy útil —dijo—. Mañana pienso iniciar mi investigación, yendo a la aldea de los nativos. Me acompañará usted, presumo.

—Si el temporal ha amainado —contestó ella.

—Es verdad. Bueno, iremos cuando mejore el tiempo. ¿No corremos peligro de inundación?

—No. El terreno hace ligera pendiente, de un dos por ciento, aproximadamente, de modo que el agua resbalará hacia el precipicio. Por otra parte, el bloque es completamente estanco. Está construido según el mismo modulo que cualquier otro P A que pudiera ser levantado en un planeta con atmósfera irrespirable.

—Y con la misma solidez, supongo —sonrió Kenny.

—Así lo creo yo también, inspector.

Kenny consultó su reloj.

—Bien —dijo al cabo—, por el momento no nos queda otra cosa que hacer sino esperar. Doctora, ¿le parece bien que nos pongamos a preparar la cena?

—No tengo ningún inconveniente —respondió Graüben, con una ligera sonrisa en los labios.

*

Los aullidos del viento eran espantosos. A veces, parecía como si el edificio fuese a salir volando, arrancado de sus cimientos por aquel tremendo huracán.

A pesar de todo, Kenny había conseguido conciliar el sueño. No obstante, permaneció largo rato despierto, tratando de hallar alguna solución para aquel extraño enigma.

Diecinueve personas, en dos grupos, sin ninguna explicación ni motivos previos, habían abandonado la estación. Su suerte era desconocida por completo.

Graüben no les había visto marchar. Ignoraba en absoluto qué dirección habían tomado. Al quedarse sola, se había encerrado en el bloque y ya no había vuelto a salir.

Los nativos no habían dado tampoco señales de vida desde la desaparición de las diecinueve personas. ¿Cuál era la causa de tan extraño fenómeno?

Estuvo pensando en ello largo rato. Al fin, su mente se escudó en la tranquilidad del sueño y entró en una agradable inactividad.

De repente, Kenny no sabía cuántas horas llevaba durmiendo, oyó una voz que le llamaba:

—Inspector, venga...

Kenny continuó durmiendo por el momento, aunque su mente se había tornado singularmente receptiva.

—Venga, inspector... Levántese; le espero en la puerta posterior... Venga, venga...

Era una voz de tonos suaves, persuasivos. Kenny se sentó súbitamente en la cama.

—Vamos, inspector, ¿a qué espera? —continuó la voz—. No se retrase; venga lo antes posible.

Kenny se dio cuenta de que estaba despierto, pero, a pesar de todo, continuaba percibiendo la llamada.

Sin embargo, no oía la voz en el estricto sentido de la palabra, sino que la percibía dentro de su cráneo. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que sentía la necesidad de atender las indicaciones de aquel misterioso sujeto.

Como un autómata, apartó las ropas a un lado y se vistió. Divisaba lo objetos perfectamente, a pesar de que no había encendido la luz.

Se vistió con rapidez y se dirigió hacia la puerta del dormitorio. La abrió y se encaminó hacia la escalera que conducía a la planta baja.

Vagamente oyó los alaridos del viento y el sordo vibrar de los muros del edificio, sacudido por aquel espantoso huracán. De súbito se oyó un tremendo estampido.

El bloque fue sacudido por una fuerza invisible, de tal modo, que parecía hallarse en el centro de un terremoto. Kenny oyó una serie de ruidos raros y luego, en medio del estruendo del vendaval, captó unos sonidos semejantes a los de unas gigantescas cuerdas de violín rompiéndose en rapidísima sucesión.

Algo crujió alarmantemente en el exterior. Kenny abrió los ojos desmesuradamente. Entonces despertó por completo.

Estaba en el arranque de la escalera. Asombrado, miró a su alrededor.

Una puerta se abrió de pronto a pocos pasos de distancia. Envuelta en una bata, Graüben apareció ante sus ojos.

—¡Inspector! —exclamó, asombrada—. ¿Qué hace usted ahí?

Kenny se pasó una mano por la frente.

—Doctora... —murmuró.

Graüben tocó un interruptor. La cantidad de luz aumentó.

Corrió hacia él, alarmada.

—¿Se encuentra bien, inspector? —preguntó.

—Estoy... —Kenny sentía aún cierto aturdimiento, no obstante haber recobrado todas sus facultades—. No sé qué me ha pasado. Escuché una voz en sueños... Me llamaba de una manera tan persuasiva, que no pude resistirme...

Graüben le miraba con ojos de estupefacción.

—¿Le llamaba una voz? ¿Quién era?

—No lo sé. Sonaba dentro de mi cerebro... No la escuchaba como oigo la suya, sino que era más bien una comunicación psíquica...

—Los nativos son telépatas, pero no emplean esa facultad sin consentimiento del interlocutor —alegó Graüben.

—Pues si no era un nativo, ¿quién podía ser? —dijo Kenny de mal talante.

—Además, tienen limitaciones en cuanto a sus facultades telepáticas. No he podido averiguar las causas, pero no pueden comunicarse hallándose separados por más de mil quinientos metros de distancia. Y con esta noche, con vientos de varios cientos de kilómetros por hora, es imposible que ningún nativo esté en las inmediaciones del bloque.

—Está bien —dijo Kenny—. Dejemos esto por el momento. ¿Ha oído usted ese enorme estruendo?

—Por supuesto. El ruido me ha despertado, pero no sé de qué se trata.

—Los silbidos del viento se oyen ahora con mucha mayor intensidad. Vamos a explorar el interior del edificio. Estoy seguro de que ha cedido alguno de los sectores polarizables: —Es muy probable —aceptó Graüben.

Guiándose por el ruido, llegaron a una puerta. Kenny puso la mano en el mamparo y percibió al otro lado una sorda vibración.

—No abra —aconsejó ella—. El ventanal del salón de descanso ha cedido. Ahora debe de estar inundado de agua.

—La puerta es estanca, ¿no?

—Todas las puertas lo son. Ya le dije que el bloque está construido según el mismo módulo que se emplea para los planetas de atmósfera hostil.

Kenny asintió.

—Lo dejaremos por ahora. Ya examinaremos los daños cuando amaine el temporal. Ahora, por favor… ¿habría algún modo de comprobar si mi nave continúa en el mismo sitio?

—Por supuesto. Sígame, inspector.

Graüben se afirmó de nuevo el cinturón de la bata y echó a andar. Un corredor rodeaba el hueco central y ella le condujo hasta una habitación de trabajo situada en el extremo opuesto.

La doctora encendió la luz. Luego buscó un interruptor y un par de proyectores, incrustados exteriormente en la pared, emitieron unos potentes chorros luminosos en dirección a la explanada trasera.

Kenny miró a través de la ventana. Le pareció como si le hubiesen pateado violentamente el estómago.

—¡Mi nave! —gimió—. ¡Se la ha llevado el viento!

*

El huracán perdía fuerza gradualmente.

Después de una noche pasada casi completamente en vela, Kenny y Graüben se reunieron en el comedor.

Ella preparó un sustancioso desayuno, al que hicieron los debidos honores. Luego se dispusieron a estudiar la situación.

—Pensaba haberme ido con usted, inspector, pero su nave está en el fondo de un precipicio, a casi novecientos metros de distancia. ¿Qué hará ahora?

Kenny removió el azúcar de su taza de café.

—Tendré que solicitar el envío de otra, guiada automáticamente —contestó—. Todo depende, sin embargo, de las reacciones del cerebro electrónico que pilota la nave de acuerdo con mis indicaciones.

—¿Cómo? —se asombró Graüben—. ¿Es que su cerebro discierne el peligro?

—El cerebro director de una de nuestras naves está en perpetuo funcionamiento —explicó él—. Nunca se desconecta, salvo para revisión rutinaria y comprobación de elementos. Incluso en los aterrizajes manuales, que son los que yo realizo por costumbre, está funcionando por si necesito sus indicaciones.

—Comprendo, pero sólo hasta cierto punto. ¿Cómo supo ese aparato que la nave estaba en peligro?

—Porque tenía la indicación de «reposo por aterrizaje». En el momento en que el huracán hizo saltar los cables de anclaje, el dispositivo de alarma entró en funcionamiento. Entonces, la «obligación» del cerebro, por así decirlo, era realizar las operaciones necesarias para salvar la nave.

—Bueno, supongamos que lo consiguiera. ¿Por qué no vuelve?

Kenny sonrió.

—Primero, es preciso saber si actuó de la manera que yo digo. Si no conservaba en su memoria una situación precedente análoga, es posible que no haya reaccionado y la nave esté destrozada en el fondo del precipicio.

—¿Y si ha tomado tierra con suavidad?

—Como es, probablemente, una situación nueva, espera mi llegada para atender mis indicaciones. En otra ocasión similar, posterior a ésta, por supuesto, actuaría per se y regresaría de nuevo al punto de aterrizaje.

Graüben meneó la cabeza.

—Nunca me han gustado demasiado esos artefactos capaces de pensar como un ser humano. En fin —suspiró—, supongo que deben de ser cosa de la civilización. Pero, ¿cómo piensa llegar usted al fondo del precipicio? Ya le he dicho antes que son casi novecientos metros...

—Examinaré los almacenes de pertrechos —contestó Kenny—. Quizá encuentre algo que me evite practicar el alpinismo.

—Lo que no entiendo es cómo pudo saltar. El edificio protegía a la nave del viento…

—Pero formaba remolinos y uno de éstos, más fuerte que los demás, provocó un efecto de succión y rompió los cables de anclaje.

—Ahora sí lo comprendo. —Graüben miró hacia la ventana—. Todavía llueve, inspector.

Kenny lanzó un profundo suspiro.

—Esperaremos —dijo—. No tenemos otro remedio que esperar.

CAPITULO IV

Fue necesario dejar pasar tres días, antes de aventurarse a salir al exterior. El temporal había dejado inutilizada la puerta delantera, a causa de la gran cantidad de ramas y barro que el huracán había acumulado en aquella fachada, por lo que tuvieron que utilizar la puerta posterior.

Los árboles del bosque ofrecían un aspecto extraño, convertidos en gigantescos troncos, despojados casi enteramente de su ramaje. Ahora era una selva de columnas de una sección cilíndrica muy regular y de color gris claro en la mayoría de los casos.

—Pero antes de dos semanas, habrán recobrado de nuevo su follaje —manifestó Graüben cuando él mostró su extrañeza ante el raro fenómeno—. La vitalidad de esos vegetales es extraordinaria.

—Y no parece que ninguno haya sido arrancado.

—Cedieron, se doblaron, pero resistieron. Además, poseen un sistema radicular que se hunde a gran profundidad en el suelo. Es prácticamente imposible arrancar un árbol de su emplazamiento.

—Sin embargo, se ha alzado aquí un gran edificio, y el suelo debía de estar cubierto de vegetación... —Creo que la quemaron con grandes sopletes, reduciéndolo todo literalmente a cenizas. Todo lo que quedaba a la vista, por supuesto, pero no me pregunte más, porque no conozco detalles de la edificación de este bloque —respondió la joven.

Lucían unos soles radiantes. Itx/IV estaba alumbrado por tres estrellas, aparentemente muy juntas, que derramaban raudales de luz y calor sobre un suelo del que se elevaban densas nubes de vapor de agua.

—Dentro de veinticuatro horas, la atmósfera habrá aclarado por completo —vaticinó Graüben.

—Muy bien, pero nosotros no podemos esperar tanto —dijo Kenny —. Ahora mismo voy a bajar al fondo del precipicio.

—¿Ya ha encontrado el medio para hacerlo cómodamente?

—Sí. Había varios propulsores individuales en uno de los almacenes. ¿Es que usted no los usaba nunca en sus viajes al poblado nativo?

Graüben hizo un gesto negativo.

—Puede decirse que el andar era el único ejercicio que podía practicar aquí —contestó—. Me hubiera apoltronado si no hubiese ido y vuelto a pie a la aldea, dos veces por semana cuando menos.

—Entonces, contará allí con muchos amigos —dijo Kenny.

—Todos los nativos, se puede decir —sonrió Graüben. Minutos

después, Kenny estaba dispuesto para partir. Graüben sintió de pronto el deseo de acompañarle. —Me gustaría ir con usted, inspector —expresó—. Es decir, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, doctora.

Kenny ayudó a la joven a ponerse el aparato a la espalda. Cuando estaban terminando, oyeron un crujido extraño.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kenny, alarmado.

—No lo sé —respondió Graüben—. Es la primera vez que oigo un ruido semejante...

—Parecía sonar debajo de nosotros... —murmuró él preocupadamente. Sacudió la cabeza—. Bien, no perdamos más tiempo. Tengo ganas de saber qué tal se ha portado el cerebro de mi nave.

Momentos después, salían de la estación. El suelo mostraba grandes cárcavas, formadas por la erosión de la fortísima lluvia caída incesantemente durante tres días seguidos. Kenny observó que parte de los cimientos quedaban al descubierto.

—Me parece que habrá que reforzar el edificio —dijo. Suponiendo que sigan queriendo mantener aquí un P A.

—En todo caso, la decisión no es nuestra —contestó Graüben, en el momento de alzar el vuelo.

*

El descenso resultó impresionante. Aunque los muros de aquel gigantesco desfiladero estaban separados por una distancia de más de seiscientos metros, su misma profundidad les daba la sensación de que podían tocarse los dos a la vez sólo con extender los brazos. Los farallones apenas tenían salientes; una persona que hubiese caído desde el borde superior, habría llegado al fondo casi directamente.

No tardaron en advertir que el río llevaba un caudal de agua inusitado. Graüben, en medio de un silencio casi absorbido, dijo.

—El nivel ha subido lo menos diez o doce metros, inspector.

—¿Cómo lo sabe usted, doctora?

—A veces, con buen tiempo, bajamos a bañarnos al río. Hay un sitio donde las aguas forman un remanso y se puede nadar sin peligro. Pero ahora ha desaparecido y sólo se formará de nuevo cuando baje el nivel. ¡Eh, inspector! —gritó ella de pronto—. Estoy viendo su nave.

—Yo también —contestó Kenny—. El cerebro se ha portado como los buenos —agregó, con sonrisa jubilosa.

La nave estaba posada sobre una gran losa granítica, que formaba una especie de espolón transversal, la superficie del cual quedaba a medio metro de la turbulenta corriente, cuyas espumas, a veces, saltaban por encima del borde. Kenny refrenó la velocidad de

descenso a fin de posarse en el punto más conveniente.

La velocidad de las aguas era increíble. La anchura del río, que en época normal no pasaba de los cincuenta o sesenta metros, alcanzaba ahora el triple. Era una masa de cientos de millones de toneladas de líquido de color chocolate, que se desplazaba vertiginosamente, produciendo un estruendo que ensordecía y aturdía a la vez.

El río, en su veloz desplazamiento, provocaba incluso un efecto de succión en la atmósfera. Kenny lo advirtió a pocos metros de la losa y avisó a la joven para que actuase en consecuencia.

Momentos después, posaban los pies en terreno Sólido.

—Bien —dijo Kenny, satisfecho—; voy a examinar el aparato.

—Yo me quedaré aquí —indicó Graüben.

Kenny manejó el mando externo de apertura de la escotilla. El casco de la nave aparecía rayado y aun abollado en algunos puntos, pero salvo estos detalles, que no parecían tener importancia, el aparato parecía hallarse en buen estado.

Entró en la cabina y se acercó al puesto de mando.

Tomó el micrófono y dijo:

—Informe de averías.

—Sin importancia, las que se han producido. Fundamentalmente, todo está en orden —contestó el cerebro.

—El huracán rompió las amarras. ¿Qué hizo usted entonces?

—Me di cuenta de que se producía una situación nueva. El viento arrastró la nave hasta hacerla saltar fuera del precipicio. Mis objetivos de televisión captaron la caída. Analicé la situación y llegué a la conclusión de que era preciso evitar un choque violento. En consecuencia, puse en funcionamiento los chorros antigravitatorios de freno, así como los correctores de rumbo, y luego estudié el terreno en busca de un lugar adecuado para la toma de tierra.

—Era una situación nueva para usted —dijo Kenny—. ¿Cómo supo la forma exacta en que debía actuar?

—Esta nave estuvo asignada hasta hace cuatro años al inspector Gossens. En. Karman/XIX se vio en una situación semejante, aunque no por un vendaval sino por un inesperado corrimiento de tierras. Cuando sentí que la nave era lanzada al vacío, busqué en mi memoria un incidente análogo y hallé la solución en el acto.

—Bien, pero usted debía haber regresado al mismo punto, una vez pasado el peligro —alegó Kenny.

—No. Después de la anterior caída, el inspector Gossens recobró los mandos. Ahora ya sé que debo regresar al punto de partida, cuando me halle en un caso similar.

Kenny suspiró.

—Procuraré que no se repita —dijo. De pronto, oyó un chillido agudísimo que sonaba fuera de la nave.

—¡Inspector!

Kenny se lanzó a través de la escotilla. El grito de Graüben le llegó ahora desde mucho más lejos.

Inmediatamente, comprendió lo que había ocurrido.

De alguna forma, Graüben había perdido pie y caído al río. Ahora estaba siendo arrastrada por una bramadora corriente, que alcanzaba velocidades superiores a los sesenta kilómetros por hora.

La misma velocidad de las aguas impediría la reacción de Graüben, por muy buena nadadora que fuese. Además había puntos donde se levantaban olas de dos y tres metros de altura. Si no actuaba con rapidez, Graüben corría el peligro de morir ahogada.

Un brazo cubierto de azul se alzó a gran distancia.

Luego desapareció.

Kenny tomó inmediatamente una resolución. Sólo el adecuado empleo del propulsor individual podría ayudarle a salvar a la doctora.

De un salto, se lanzó al espacio, a la vez que accionaba el contacto, dando la máxima potencia al aparato. En un par de segundos, alcanzó una marcha velocísima.

Orientó los propulsores de tal modo que volaba horizontalmente a la superficie del río. Su velocidad, sin embargo, duplicaba escasamente la de las aguas. El aparato servía para desplazamientos relativamente cortos y de no demasiada urgencia.

Pero ganó terreno y consiguió ver de nuevo la mancha azul del vestido de la joven. Era, sin embargo, fácil de adivinar que Graüben estaba siendo vencida por la corriente.

Momentos después, atenuaba su velocidad, situándose sobre ella. Graüben se sumergió de nuevo y volvió a reaparecer. Su cara estaba lívida, exangüe.

Kenny maniobró hábilmente, procurando perder el máximo de altura. No obstante, debía actuar con infinito cuidado, a fin de no ser alcanzado por el fortísimo oleaje de las aguas que se arremolinaban con gran violencia.

Descendió por el desfiladero, a la par que la joven.

Gritó, pero el estruendo del torrente impidió que ella oyera sus voces. De pronto, vio que Graüben iba a ser elevada por una ola monstruosa.

Inspiró con fuerza y se lanzó hacia abajo. En el momento en que la doctora alcanzaba la cresta de la ola, estiró el brazo y la agarró por una de sus muñecas.

Al mismo tiempo dio al aparato toda su potencia ascensional. El pequeño motor gimió, como protestando del esfuerzo suplementario a que se le sometía.

Por un momento. Kenny y Graüben permanecieron suspendidos en el aire, los pies de ella a pocos centímetros de la embravecida

corriente. Luego, el propulsor ganó altura palmo a palmo, hasta alcanzar una cota de relativa seguridad.

—Agárrese a mi cinturón con la mano libre —gritó Kenny, en medio del estruendo.

Graüben obedeció.

—Voy a soltarle la otra mano —anunció él—. ¿Podrá suspenderse con las dos suyas de mi cinturón?

Ella contestó con un leve parpadeo de asentimiento.

Kenny aflojó los dedos y, en el mismo instante, ella se cogió del cinturón con la otra mano.

Kenny quedó libre para maniobrar con más comodidad. Como no conocía los posibles desperfectos que el propulsor de la joven podía haber sufrido a causa de la inmersión, se abstuvo de pedirle que lo pusiera en funcionamiento.

Lentamente, pero con seguridad, invirtió el sentido de marcha y regresó al lugar donde la nave estaba posada. Momentos después, tocaban tierra firme.

Agotada, exhausta, Graüben se dejó caer en el suelo.

Kenny se arrodilló a su lado y soltó los arneses de su propulsor individual.

—Vamos —dijo con acento perentorio—. En el P A estaremos más cómodos y usted podrá cambiarse de ropa, cosa que está necesitando con verdadera urgencia.

Graüben asintió. Kenny la tomó en brazos para llevarla a la nave. Ella le dejó hacer sin formular la menor objeción.

CAPITULO V

Vestida con ropas secas, compuesta y aseada, Graüben llegó al comedor y aceptó la copa que le tendía Kenny.

—Todavía no he tenido tiempo de darle las gracias, inspector —dijo, forzando una sonrisa.

—No se moleste —contestó él—. Era mi obligación, pero también lo es reprocharle la imprudencia cometida. Estoy seguro de que se acercó demasiado al borde de la plataforma rocosa, que resbaló y que cayó al río. ¿No ocurrió así?

Graüben se mordió los labios.

—Sí —admitió al cabo—. Aunque...

Kenny observó que la joven callaba de pronto.

—¿Es que no pasó como he dicho? —preguntó.

—Sí —repitió ella—. Me acerqué... y de pronto resbalé y caí al río. Pero... no sé, tengo la sensación de que me sucedió algo extraño.

—No entiendo —dijo Kenny.

—Yo tampoco. Podría decir que alguien me empujó... pero usted estaba dentro de la nave y no haría una cosa semejante.

—¿Qué objeto tendría? No siento la menor animosidad contra usted.

—Lo sé. No había nadie, insisto, pero, a pesar de todo, me pareció que me empujaban. Realmente, no se puede decir que sintiera un golpe en la espalda; sin embargo, la sensación me pareció casi auténtica en aquel momento.

Kenny meneó la cabeza.

—No. Al resbalar, usted movió los brazos instintivamente. Eso alteró su momentáneo equilibrio muscular y el gesto le causó la sensación descrita. Los músculos de sus brazos y de sus hombros, sobre todo, sufrieron los efectos de una demanda de acción demasiado súbita y su sistema nervioso lo acusó bajo la impresión de percibir una falsa sensación de que alguien la empujaba por detrás. No hay otra explicación, doctora.

Graüben emitió una ligera sonrisa.

—Tal vez fue como usted dice —admitió—. En ese caso, acepto sus reproches, inspector.

—Bueno —dijo él, indulgente—, lo principal es que ha salvado la vida. Olvidémoslo, doctora. ¿Otra copa?

—Ya tengo suficiente, gracias. ¿Qué piensa hacer usted ahora?

Kenny consultó su reloj.

—Es tarde ya. Mañana por la mañana, iré al poblado nativo —

anunció—. Desearía su compañía, doctora.

—Por supuesto. ¿A qué hora saldremos, inspector?

—En cuanto amanezca. Usaremos los propulsores individuales, desde luego; estoy seguro de que invertiré mucho tiempo interrogando a los miembros más importantes de la tribu.

—No conseguirá nada, pero estimo que debe hacerlo. ¿Y después?

Kenny se encogió de hombros.

—No lo sé. Hay otros planetas en donde se han producido incidentes similares —respondió—. Sin embargo, Itx/IV es el primero donde hay un superviviente.

—Por lo tanto, la investigación aquí es del máximo interés.

—Sí, pero no debo descuidar tampoco los otros puestos avanzados. Cuando haya terminado aquí, tomaré una decisión, doctora.

El suelo tembló de pronto. Sordos crujidos se dejaron oír con toda claridad, aunque con no demasiado volumen sonoro.

Kenny y Graüben se miraron.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, alarmada.

—¿Un movimiento sísmico? —sugirió Kenny.

—No. Los estudios geológicos que tengo, según mis informes, demuestran que el suelo de Itx/IV, al menos en este sector, es de una solidez indiscutible. Usted no ignora que la firmeza en el asentamiento de un P A es condición imprescindible para empezar a edificar.

—Sí —convino él, pensativamente—. A pesar de todo, he visto los cimientos parcialmente descubiertos... La verdad, doctora, no dormiré tranquilo hasta haber resuelto el enigma.

Graüben asintió. Sin embargo, sabía que el inspector iba a tropezar con dificultades poco menos que insalvables. A pesar de todo, no quiso expresar su opinión por no desanimar a Kenny.

*

Aquella noche, en sueños, Kenny oyó de nuevo aquella misteriosa voz:

—Venga, inspector, venga... Kenny se sentó en la cama.

—Le espero en la puerta posterior, inspector... Venga, dese prisa...

Kenny empezó a vestirse.

La voz no parecía de hombre ni de mujer. Sin embargo, su tono persuasivo resultaba irresistible.

—Vamos, inspector, ¿a qué espera?

Kenny empezó a caminar como un autómata. De pronto, tropezó con una silla y la derribó al suelo. Sin molestarse en levantada, continuó su camino.

—Siga, inspector, así, muy bien... Venga, le espera una felicidad

infinita...

Kenny salió al corredor. Su paso era mesurado, tranquilo. La voz continuaba emitiendo sus dulces llamadas.

—Por la puerta trasera, inspector... Allí le espero… Y, de repente, Kenny sintió dentro de su cráneo un violentísimo estallido y la voz se calló en el acto.

Cuando despertó, se encontró tendido en el suelo, víctima de un lacerante dolor de cabeza. Abrió los ojos y los cerró de inmediato, presa de un doloroso vértigo.

Alguien le mojó la frente con un paño mojado. Kenny sintió que se le aclaraban las ideas.

—Inspector —dijo Graüben.

Kenny se dio cuenta de que la doctora estaba sentada sobre sus talones y que él tenía la cabeza apoyada en su regazo. El paño mojado recorrió una vez más su frente.

—Inspector, ¿se encuentra mejor?

—Sí..., pero la cabeza me duele espantosamente...

—Es lógico —sonrió Graüben—. Siempre duele después de un fuerte golpe.

Kenny se sentó de golpe en el suelo y la miró lleno de asombro.

—¿Usted... me pegó? —dijo, atónito.

—Sí. Lo siento, pero usted no hacía caso de mis voces.

—No... no comprendo ...

—Oí un ruido en su habitación y me desperté súbitamente. Salí al pasillo y le vi caminando como un autómata. Grité y grité, pidiéndole que se detuviese, pero usted no me hacía caso... Así que no me quedó otro remedio que volver a mi habitación, coger un objeto contundente y golpearle de firme. Entonces, claro, se detuvo porque perdió el conocimiento.

Kenny sonrió.

—¿Cuál fue el objeto contundente que rompió en mi cabeza? —preguntó.

—Un libro pesadísimo: Decadencia y caída de Occidente, de Gibbon.

—No cabe duda, es pesado en todos los sentidos.

—Kenny se pasó la mano por la frente, en la que encontró un chichón más que regular—. Desde luego, si no es por ese golpe, no sé qué me habría pasado a continuación.

—¿Le ordenó salir la voz que me citó en la ocasión anterior?

—Algo por el estilo. Ahora no lo recuerdo con exactitud, pero supongo que me ordenaba salir fuera del bloque. Doctora, tengo la sensación de que esto mismo que me ocurre a mí, les sucedió también a los diecinueve miembros desaparecidos.

—Sí, pero, ¿por qué no me ha pasado a mí?

Hubo una pausa de silencio. Kenny emitió un hondo suspiro.

—No lo sé —contestó al cabo—. Le aseguro que no lo sé, doctora.

De pronto, se oyó otro crujido. Kenny frunció el ceño, mientras Graüben se mostraba alarmadísima.

—Inspector, aquí ocurren demasiadas cosas raras —dijo.

—De eso no cabe la menor duda, doctora —contestó él—. Sí, demasiadas cosas raras... y por ahora no sabemos encontrarles la explicación.

Por la mañana, apenas amaneció, se dispusieron a emprender viaje al poblado de los nativos.

A guisa de precaución, Kenny hizo que Graüben se pusiera otro propulsor individual. En el momento de salir al exterior, vieron unas pequeñas grietas en el suelo, que no les gustaron en absoluto.

Kenny ya no quería correr más riesgos. Subió a la nave y la apartó de las cercanías del precipicio. Luego, sin más dilación, alzaron el vuelo y se encaminaron hacia la aldea indígena.

Volaron a unos sesenta o setenta metros de altura.

Kenny observaba el suelo con gran atención. Tal como Graüben le anunciara, los árboles empezaban ya a reponer el follaje perdido durante la tempestad.

El suelo desaparecía bajo una masa de verdor. Al mismo tiempo, el agua bajaba de nivel. Kenny se dio cuenta de que la aldea indígena debía de hallarse situada en las inmediaciones del río.

Así era. A los pocos minutos de vuelo, observó que el desfiladero se ensanchaba y el río asomaba a una enorme llanura, con ligeras ondulaciones, la cual alcanzaba hasta perderse de vista.

La aldea estaba al pie de un enorme anfiteatro natural, orientado hacia el mediodía de Itx/IV. Kenny pudo apreciar que las cabañas de troncos y techos de bálago habían desaparecido, literalmente aventadas por la tormenta.

—Bueno, pero, entonces, ¿dónde se refugian los indígenas cuando se produce una tempestad? —preguntó, viendo a numerosos hombres y mujeres que iban y venían en todas direcciones, tratando de levantar nuevas cabañas.

—Les gusta la vida al aire libre, pero también procuran sobrevivir —contestó Graüben—. Fíjese en aquellos orificios que se ven en las paredes del anfiteatro. —Sí, los veo —dijo Kenny.

—Bueno, la experiencia de siglos les ha enseñado a escapar a la furia de las tempestades. Esas bocas son la entrada a cavernas que alcanzan a veces profundidades de mil y más metros. En horizontal, por supuesto, pero sobre dichas cavernas hay una capa rocosa de cincuenta y más metros.

—Invulnerable a cualquier cataclismo que no sea un terremoto.

—En efecto, inspector.

—Debe de ser horrible estar reconstruyendo sus cabañas cada dos por tres —dijo Kenny.

—Oh, no lo crea. En primer lugar, las tempestades de tanta violencia no son tan frecuentes como pudiera parecer. Por otra parte, son gentes de gustos sencillos, que se contentan con muy poco. Prácticamente, aparte de buscar el alimento, ¿qué otra cosa tienen que hacer? A fin de cuentas, salvan la vida y el trabajo de levantar las cabañas sacando un poco de su monotonía habitual.

—Bueno, es una manera de entender la filosofía de la vida como otra cualquiera.

—Como otra cualquiera, no, inspector; quizá la mejor manera —corrigió Graüben.

—Todo es según del color del cristal… —dijo él con sorna.

Pero Graüben no le contestó; ya perdía altura, a fin de tomar tierra en el centro del anfiteatro.

CAPITULO VI

Los hombres y las mujeres de aquella tribu eran notablemente bien proporcionados. Su tez, en general, aparecía tostada, ya que sólo cubrían de su cuerpo lo más imprescindible. Sin embargo, Kenny pudo apreciar una gran variedad de tonos en el pelo y las pupilas. Salvo el de la piel, y ello debido a estar casi siempre expuesta al aire libre y a los soles de Itx/IV, no se apreciaba una nota común en dichos rasgos físicos.

Las mujeres jóvenes eran considerablemente hermosas. Kenny comprendió en el acto que algunos de los miembros del P A hubiesen buscado allí sus expansiones afectivas. Ninguno de los indígenas pareció sorprenderse demasiado por la presencia de los dos extranjeros.

Graüben habló brevemente con un nativo, el cual le indicó una de las entradas a una cueva. La doctora se volvió inmediatamente hacia Kenny.

—Inspector, haga el favor de seguirme.

Kenny echó a andar detrás de la joven. Momentos después, entraban en la cueva, alumbrada a partir de cierta distancia de su boca por lámparas a base de un líquido que le pareció grasa animal.

Las lámparas eran simples receptáculos excavados en los muros del túnel. Poco después, el pasadizo se ensanchó notablemente.

Graüben se volvió hacia Kenny.

—Es un inspector —anunció—. Se llama Osma. Inspector, le presento al jefe Noned.

—Te saludo, jefe Noned —dijo Kenny gravemente.

—Celebro conocerte, inspector —manifestó el indígena—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí, aunque... En primer lugar, ¿cómo es que hablas nuestro idioma?

—La doctora aprendió el nuestro y yo aprendí el suyo —explicó.

—Comprendo —dijo Kenny—. Bien... se trata de diecinueve personas desaparecidas. He sido enviado aquí para investigar, jefe Noned.

—Eres libre de circular por donde quieras —declaró—. Pregunta y todos te contestarán según tus conocimientos. Sin embargo, estoy en condiciones de anticiparte que no obtendrás ningún resultado.

—Tal vez me ocultéis algo...

—¡Inspector! —dijo Graüben en tono de reproche—.

Si hay una cosa que los naturales de Itx/IV no soportan es la mentira. —Se volvió hacia el nativo—. Te suplico le perdones, jefe

Noned; desconoce vuestras costumbres y...

Noned emitió una sonrisa llena de indulgencia.

—Gracias, doctora, pero es algo que no tiene excesiva importancia —contestó—. Como dije antes, eres libre de ir y hablar con quien lo desees, pero aquí no averiguarás nada, inspector.

—¿Por qué? —preguntó Kenny.

—Por una razón muy simple: porque vosotros, los naturales de ese planeta llamado Tierra os habéis entregado con pasión sin límites a la adoración de un objeto funesto, que recibe el nombre de máquina.

—¿Qué máquina? —respingó Kenny, atónito.

—Todas —contestó Noned simplemente.

*

Graüben se reunió con Kenny pasado el mediodía. La cara del inspector mostraba bien a las claras el mal humor que le poseía.

—Estoy viendo que el jefe Noned acertó en sus predicciones —dijo.

—Sí. Nadie sabe nada, ninguno ha visto a los desaparecidos... Les conocen, por supuesto; incluso algunas hermosas jóvenes echan de menos a unos cuantos terrestres... pero eso es todo. ¡Ni el menor rastro de diecinueve personas, hombres y mujeres! ¡Nada, en suma, doctora!

Graüben hizo un signo pesimista.

—Creo que nunca podremos averiguar la verdad, inspector —dijo desanimadamente—. No quisiera influir en sus decisiones, pero opino que deberíamos abandonar Itx/IV cuanto antes.

Suspiró melancólicamente y añadió:

—He pasado aquí dieciocho meses muy agradables, francamente, pero ya siento deseos de volver a encontrarme con los míos.

—Su vuelta no resultará tan rápida como piensa, doctora. No olvide que he de recorrer todavía cuatro planetas antes de emprender el regreso.

—Podrían enviarme una nave...

Kenny emitió una sonrisa llena de amargura.

—Doctora, los terrestres padecemos de enfermedades desgraciadamente incurables: la burocracia y el dinero. Respecto de la primera, le diré que ya retrasaría de por sí el envío de una nave especial; y en cuanto empiecen a considerar el costo de la operación, se echarán las manos a la cabeza.

—Y dirán que aproveche su viaje para volver a la Tierra.

—Ni más ni menos —confirmó Kenny. Graüben hizo un signo con la mano.

—Esto me curará de mi afición a los viajes interestelares —dijo,

sonriendo con desgana—. ¿Cuándo emprenderemos el viaje al siguiente planeta, inspector?

—Seguramente mañana, en cuanto haya redactado mi primer informe sobre lo que he encontrado en Itx/IV.

—Y la visita a esos cuatro planetas, durará... ¿cuánto tiempo?

—Por lo menos, cuatro meses largos, doctora. Graüben lanzó un gemido.

—Nunca más, nunca más —dijo—. Siempre en la Tierra, inspector.

—Cuatro meses se pasan pronto —sonrió él—. Bien, vamos a despedimos del jefe Noned. La buena educación, ante todo.

Minutos después, alzaban el vuelo.

Kenny observó que los árboles recuperaban su follaje con sorprendente rapidez. Antes de quince días, el bosque ofrecería de nuevo su aspecto habitual.

—Los árboles de esta especie resultarían idóneos para repoblar zonas peladas en la Tierra —opinó al darse cuenta de los hechos.

—SÍ, se está intentando y creo que con buenos resultados —contestó ella.

Poco después, avistaban el claro donde estaba situado el Puesto Avanzado. Al acercarse al edificio, Graüben lanzó un grito de espanto.

—¡Inspector, fíjese en el bloque!

Kenny se quedó con la boca abierta.

El espectáculo era aterrador, pero más todavía, asombroso y extraño, a causa de sus singulares características. A la vista de aquel rarísimo fenómeno, Kenny comprendió el origen de los crujidos escuchados en el interior del P A. Y que tanto les habían preocupado.

—Este es el fin del P A —declaró melancólicamente.

Graüben asintió, a la vez que suspiraba. No cabía ya la menor duda; el Puesto Avanzado podía darse por definitivamente perdido.

Las raíces de los árboles que habían sido talados para levantar el bloque, rebrotaban de nuevo y lo hacían con inusitado vigor. Su rapidez de crecimiento era tal, que casi se podía divisar a simple vista. Ya asomaban enormes retoños por todas partes, incluso algunos de ellos a través de los sólidos muros del edificio, que se cuarteaban ya en numerosas partes.

Un lienzo de pared se derrumbó de pronto con tremendo estrépito, enviando a lo alto una espesa nube de polvo. Dos o tres gruesas raíces, del diámetro de un brazo humano, retenidas hasta entonces por la estructura del edificio, surgieron serpenteando en el aire con extraños movimientos de látigo que, no obstante, cesaron bien pronto, apenas encontraron espacio libre para la continuidad de su proceso de crecimiento.

«Allí ya no había nada que hacer —se dijo Kenny resignadamente —. El suelo se abría por todas partes, como recorrido por un arado

gigantesco, y las raíces asomaban con una frondosidad sin igual.»

—Antes de un mes, ya no quedará el menor rastro del P A —dijo lúgubremente, mientras orientaba su propulsor hacia la astronave.

—Yo tengo allí algunos objetos personales, mis apuntes de trabajo... —se lamentó Graüben.

—No sueñe siquiera en intentar recogerlos —prohibió Kenny con severo acento—. Correría el riesgo de que se le desplomase el edificio encima. En mi nave hay algunas prendas de ropa de repuesto y, en el peor de los casos, espero encontrar más en el siguiente P A.

—¿Cuál es? —preguntó Graüben.

—El número 551/V, de Acteón/II —contestó el inspector.

El Puesto Avanzado de Itx/IV había sido destruido y sus ocupantes, salvo uno, habían desaparecido sin dejar el menor rastro y sin que se hubiese podido hallar las causas del intrigante enigma. Kenny así lo hizo constar en su informe y anunció que se dirigía inmediatamente a Acteón/II.

Una vez redactado el informe, lo envió por medio del transmisor subespacial, seguro de que sería recibido en la Tierra a las pocas horas. A continuación, se sentó en el puesto de mando y tomó el micrófono.

—Ascensión vertical hasta los límites atmosféricos —ordenó—. A partir de este nivel, establecimiento de una órbita para llegar a Acteón/II.

El cerebro se tomó unos segundos para recibir y analizar la orden. Al cabo, respondió:

—Hay una órbita de suma brevedad, pero que corta los campos gravitatorios de Miels/I y Royal Tyne/XII. De utilizar esta órbita, se correría el riesgo de sufrir una anulación momentánea de los sistemas direccionales de gravedad de la nave, con el consiguiente peligro de ser atraído por uno de dichos planetas, probablemente por Miels/I. El impacto destruiría la nave indefectiblemente.

—En tal caso y descartando dicha órbita, ¿cuál es la más breve?

—Seguiremos la que pasa bajo la zona de influencia del sistema de Quelithar, en donde las tensiones gravitacionales son mínimas y perfectamente soportables por los motores de la nave.

—De acuerdo —dijo Kenny—. ¿Tiempo de duración de la órbita?

—Tres semanas y un día.

—Veintidós días —se resignó Kenny—. Está bien, anote la órbita y proceda en consecuencia.

—Enterado —contestó el cerebro.

Graüben había oído el diálogo entre el humano y la máquina.

—Estoy admiradísima —dijo.

—¿Por qué? —preguntó él, mientras el aparato se alzaba del suelo suavemente, sin la menor sacudida.

—Ha estado hablando usted con esa máquina lo mismo que si se tratase de una persona.

—Está concebida para razonar y exponer argumentos acordes con las instrucciones y órdenes que se le den, pero solamente en lo referente a navegación espacial. Es indudable que también realiza cálculos matemáticos de gran complicación, pero fracasaría si se tuviese que emplear en la construcción de un gran edificio o un puente.

—A pesar de todo, da la sensación de que hay una persona escondida en la nave —sonrió Graüben—. Y… hay que oír el respeto con que la trata usted. Sólo le ha faltado llamarle excelencia.

Kenny sonrió, pero no era una sonrisa demasiado sincera.

La máquina estaba en la nave, bajo el suelo de la cabina. Era un artefacto complicadísimo, que rendía grandes utilidades, era preciso admitido, pero, sin embargo, Kenny hubiera preferido disponer de una sencilla calculadora manual.

A veces se preguntaba si no era la máquina la que, en realidad, mandaba en la nave.

CAPITULO VII

Se resignaron a pasar veintidós días de encierro hasta su llegada a Acteón/II. La máquina, como en la ocasión anterior, sugirió tomar la droga hipnótica que les tendría durmiendo durante todo el viaje, pero Kenny, sin saber por qué, se negó en esta ocasión a aceptar la sugerencia.

Los primeros días transcurrieron en calma. Era una existencia monótona, rutinaria. A pesar que la nave era espaciosa, debían hacer los movimientos dentro de un ámbito relativamente reducido. Para combatir la inacción, Graüben decidió hacer todos los días un poco de gimnasia.

—No quiero que se me oxiden las articulaciones —dijo, sonriendo, al anunciar sus propósitos.

Cierto día, a la semana de haber partido de Itx/II, Graüben, a la hora del desayuno, anunció que se sentía nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó Kenny, extrañado—. No hay peligros de ninguna clase, el viaje se desarrolla con la más absoluta normalidad... Tampoco se producen ruidos que impidan dormir...

—El caso es que no duermo bien —se lamentó Graüben, mordiéndose los labios.

—Le daré un sedante...

—No —cortó ella con vehemencia—. Detesto los sedantes. La verdad, estoy acostumbrada a vivir en lugares menos cerrados, más espaciosos. Tal vez sea esto lo que origina mi nerviosismo.

—¿Claustrofobia? —sugirió Kenny.

—Es muy posible. —Graüben sonrió—. De todas formas, carece de importancia. No haga caso, inspector.

Dos días después, y también a la hora del desayuno, Graüben se inclinó hacia delante y, en tono confidencial, dijo:

—Kenny, tengo la sensación de que hay otra persona dentro de la nave.

El inspector hizo un fruncimiento de cejas. —Doctora, dentro de la nave no hay más seres vivos que usted y yo —declaró tajantemente.

—Está escondido, inspector —insistió ella—. No le he visto, no sé quién es... ni cómo es ni siquiera su forma física..., pero está dentro de la nave. Siento su presencia como un aura maligna que nos envuelve... por lo menos, me envuelve a mí y trata de apoderarse de mi mente para convertirme en su esclava.

Kenny miró fijamente a la joven. Graüben, calculó, contaba unos veintisiete o veintiocho años. Era una mujer ponderada, equilibrada... o al menos se lo había parecido hasta entonces. Pero si empezaba con

histerismos...

—Doctora —dijo Kenny, procurando conservar la calma—, todavía no sé si es usted casada o soltera. —Añadió, con sonrisita de conejo—: La verdad es que no me he preocupado mucho de sus características personales.

—Soy soltera —respondió ella—, y si piensa en un posible desarreglo hormonal, está muy equivocado. Todo lo que le he dicho es la verdad, inspector.

—Está bien, doctora. No quise ofenderla. Sólo deseaba... saber la verdad.

—Es la que ya le he dicho: hay una persona dentro de la nave.

Kenny no quiso seguir insistiendo. Sin embargo, la actitud de Graüben le extrañaba sobremanera.

Una vez hubieron terminado el desayuno, la acompañó por todos los rincones de la nave, abriendo cualquier compartimento susceptible de albergar en su interior a una persona. Cuando terminó el registro, pudo darse cuenta de que no había logrado persuadir a Graüben por completo de que sólo ellos ocupaban la nave, —Y, sin embargo, está aquí, en el interior del aparato —dijo ella, pateando el suelo de la cabina—. ¿Qué hay debajo de nosotros?

—Aparatos, instrumentos, motores... todo ello situado de una manera tan compacta, que hasta un ratoncillo tendría dificultad en circular por el interior de ese compartimento.

—¿Podría examinado? —preguntó ella.

—No —repuso Kenny con acento enérgico.

—¿Por qué?

—Los aparatos de propulsión, cálculo y demás, sólo pueden examinarse desde el exterior. Eso es cosa que se hace o bien en tierra o en el espacio, pero volando siempre a velocidades inferiores a las de la luz. En este momento resulta imposible salir fuera de la nave.

—¿Qué pasaría si una persona saliese al exterior? Kenny trató de ser paciente.

—Sería arrastrada como una pluma por su súbita irrupción en un espacio intemporal, que es el que hay en estos momentos fuera de la astronave. No olvide que nos desplazamos a varios cientos de veces la velocidad de la luz.

Ella asintió.

—Entonces, ¿no tendremos otro remedio que soportar la presencia de ese perverso polizón a bordo?

Kenny hizo un signo de resignación. Decidió seguirle la corriente.

—Lo soportaremos, doctora —contestó—. Pero en el momento en que lo vea aparecer, lo freiré a tiros —agregó para tranquilidad de Graüben.

*

El período nocturno había llegado.

Los horarios supuestamente diurnos y nocturnos se respetaban escrupulosamente a bordo de la nave, Era preciso seguir con puntualidad el ciclo ordinario de la vida de los seres humanos.

A hora conveniente, las luces del aparato se atenuaban, dejando la cabina sumida en una suave penumbra. Prácticamente, sólo quedaban encendidas las lámparas de los aparatos de control, medida y registro. En las cabinas donde dormían, naturalmente, las luces se apagaban.

Pero Kenny no dormía.

Vigilaba. La actitud de Graüben no le gustaba en absoluto.

La joven estaba histérica, dijera ella lo que dijera.

A fin de cuentas, era más de año y medio de vida en un planeta extraño, en el cual habían ocurrido cosas muy extrañas. Su mente, forzosamente, tenía que acusar el choque emocional de los sucesos de los cuales había sido protagonista.

Tenía entreabierta la puerta de su cabina. Sentado en un rincón, en una cómoda butaca, podía dominar desde donde estaba la mayor parte de la cabina.

Las horas fueron pasando lentamente. De cuando en cuando, Kenny, vencido por el sueño, daba una cabezada. Bruscamente, creyó oír un ligero chasquido.

El ruido ahuyentó el sueño de sus párpados. Se puso en pie y se acercó a la puerta. Todo estaba en silencio.

Apenas se oía, bajo el suelo de la nave, un levísimo rumor de los motores en funcionamiento.

Una silueta apareció de pronto ante sus ojos. Graüben había salido de su cabina y se dirigía hacia el cuarto de pertrechos.

Kenny la dejó entrar allí. Luego, a su vez, salió de la cabina y caminó de puntillas.

Se asomó a la puerta. Tal como sospechaba, Graüben estaba descolgando un traje espacial, con ánimo, indudablemente, de ponérselo y salir fuera de la nave.

Kenny se acercó a la joven y le tocó en el hombro.

—Doctora...

La reacción de Graüben fue tan imprevista como fulminante. Revolviéndose velozmente, alzó ambas manos y trató de golpear a Kenny en la cabeza con el casco del traje espacial.

Sorprendido, Kenny apenas si pudo eludir el ataque.

Graüben, con ojos demenciales, parecía haberse convertido en una arpía, de cuya boca escapaban espumarajos de rabia.

Ella repitió el golpe. Kenny sintió un vivísimo dolor en el pómulo izquierdo y cayó de espaldas.

Ella le lanzó el casco a la cara. Kenny, aturdido, se desvió y pudo eludir el impacto. Antes de que pudiera levantarse, Graüben corrió y descolgó un rifle vibratorio del armero.

Parecía una demente. Kenny entendió que sólo tenía un medio de cortar en seco sus acciones ofensivas.

Incorporándose con rapidez, saltó hacia delante con la cabeza gacha y golpeó despiadadamente el estómago de Graüben. Ella dejó escapar un grito y cayó de espaldas.

Pero no por ello quería rendirse. Chillando horriblemente, trató de rasgarle la cara con sus uñas. Kenny decidió cortar por lo sano.

Su puño se disparó con fuerza y chocó contra la mandíbula de la doctora. Graüben perdió el conocimiento instantáneamente.

Kenny se puso en pie, inspirando con fuerza. Contempló con aire preocupado a la joven, que yacía inconsciente en el suelo.

Si quería evitar ulteriores incidentes, los cuales, estaba seguro, seguirían produciéndose durante el resto del trayecto, tendría que asegurarse de que Graüben no volvería a atacarle.

Cogiéndola en brazos, la llevó a su cabina y la acostó en la litera. Luego, cuando ella empezaba a despertarse, pero antes de que recobrase por completo el conocimiento, le propinó una dosis de la droga hipnótica, calculada para hacerla dormir durante los doce días que aún quedaban de viaje hasta Acteón/II.

*

Graüben se asomó a la puerta del pequeño comedor de la nave, cerró los ojos un instante y luego aspiró el aire con fuerza.

—¡Ese café huele maravillosamente! —exclamó. Kenny sonrió.

—Acérquese y tome una taza. O las que quiera —invitó—. ¿Qué tal ha dormido esta noche?

—Maravillosamente. Me he despertado un poco embotada, pero se me pasó en seguida. He dormido de un tirón, sin preocupaciones, como hacía años que no dormía.

Kenny volvió a sonreír, mientras le entregaba una taza humeante.

—Puede asegurarlo —dijo—. Jamás, en su vida, había dormido usted doce días seguidos.

Ella le lanzó una mirada de extrañeza.

—¡Doce días! —repitió.

—En efecto —confirmó el inspector—. Tuve que darle una dosis de la droga hipnótica. ¿Ya no recuerda lo que pasó?

Graüben se sentó ante la mesa y se puso una mano en la frente.

—Me siento aturdida... ¿Qué ha ocurrido, inspector? ¿Por qué me dio esa droga?

—Se lo diré claramente. Una noche, después de que usted

insistiera tanto acerca del posible polizón que teníamos a bordo, usted quiso ponerse un traje espacial y salir fuera de la nave. Por fortuna, yo recelaba algo y estaba vigilando. Quise impedírselo… y usted, en señal de gratitud, intentó matarme con un rifle vibrador.

Graüben estaba asombradísima.

—Es incomprensible, inspector —exclamó—. ¿Cómo pude yo…?

Kenny le relató detalladamente todo lo ocurrido. Al terminar, Graüben necesitó tomarse otra taza de café.

—No lo entiendo —dijo—. No es que quiera alabarme, pero siempre fui una mujer equilibrada… ¿Qué me hizo actuar de manera tan disparatada?

—¿Disparatada? —Kenny sonrió amargamente—. Graüben, la verdad es que parecía usted una loca de atar. Yo tampoco lo entiendo, a decir verdad.

—Estoy extrañada, inspector. He oído hablar que existen seres invisibles, no inmateriales, ciertamente, pero sí de tal constitución que el ojo humano, el de un terrestre se entiende, claro, no puede divisarlos. Esos seres pueden vivir lo mismo en el espacio que bajo una atmósfera normal… o bajo cualquier atmósfera. ¿No tendremos a bordo uno de esos seres, inspector?

Kenny se preocupó.

—Hasta ahora, no había pensado en semejante posibilidad —dijo —. Pero, en ese caso, si el ser provocó su locura, ¿por qué no hizo lo mismo conmigo?

Graüben, dijo:

—Todo esto se relaciona con las desapariciones ocurridas en los Puestos Avanzados. Inspector, ¿qué habría sucedido de salir yo al exterior?

—Muy sencillo: habríamos muerto los dos.

—¿Los dos?

—Sí. Usted, volatilizada al salir fuera del campo temporal que le es propio por su naturaleza. Y yo, muerto por descomposición y asfixia instantánea al escaparse la atmósfera interior de la nave.

—En ese caso, el ser habría conseguido sus propósitos.

—¿Cuáles son, a su parecer, doctora?

—Se ven a la legua —contestó ella—. Deshacerse de nosotros… como se deshizo de diecinueve personas en Itx/IV.

Kenny se acarició la mandíbula pensativamente.

—¿Se trata de una conspiración urdida por esos seres invisibles contra nosotros, los terrestres? —murmuró.

—Quizá —dijo Graüben—. Pero recuerde una cosa, inspector.

—¿SÍ, doctora?

—El ser, en todo caso, es invisible, aunque no inmaterial.

—¿Qué quiere decir con eso, doctora?

—Simplemente, que podemos hacerle visible… y combatirle hasta lograr su captura o su destrucción.

—¿Tiene usted algún medio de hacer eso que ha dicho?

Graüben sonrió.

—SÍ, y es el medio más sencillo que usted se pueda imaginar, inspector —respondió.

CAPITULO VIII

Eran dos simples pulverizadores, que Graüben cargó de agua a la que añadió el polvo obtenido por trituración en un molinillo de unos cuantos paquetes de galletas. Entregó uno a Kenny y le dirigió una sonrisa.

—Lo ideal sería disponer de una sustancia más espesa, pero nos conformaremos con esta suspensión de harina y agua —dijo.

—Al caerle encima, se hará visible —sonrió Kenny—. Lo mismo que el Hombre Invisible de Wells cuando nevaba o llovía, ¿no?

—Justamente, inspector.

—Pero, ¿no nos estará oyendo?

—¿Sabemos acaso si entiende nuestro lenguaje?

—Puede ser telépata —sugirió Kenny.

—Telépata o no, vamos a buscarle —dijo ella resueltamente.

Los pulverizadores entraron en funcionamiento. Media hora después, el interior de la nave estaba hecho un asco.

Kenny limpió un sillón con un trapo y se derrumbó luego.

—Estamos solos a bordo, doctora —dijo con lúgubre acento.

Graüben se sentía avergonzada.

—Sí, estamos solos —convino.

Y luego añadió:

—Pero, entonces, ¿qué me trastornó a mí de semejante manera?

—No lo sé, doctora; no se me ocurre la menor idea viable para encontrar la solución a este maldito enigma, y si quiere que le confiese la verdad... empiezo a sentir miedo.

—¿Miedo... un inspector?

—Soy un ser humano, doctora, y tengo derecho a tener los mismos sentimientos que cualquier otra persona —se defendió él.

—Sí —suspiró la joven—. Es como para tener mucho miedo... pero ahora no me queda a mí tiempo para eso.

Kenny la miró interesadamente. Ella, con las manos en las caderas, miró a su alrededor y dijo:

—La nave ha quedado hecha un asco. No tengo otro remedio que convertirme en fregona.

Kenny se puso en pie.

—Y yo tengo también un trabajito: tomar tierra en la vecindad del P A de Acteón/II.

*

El paisaje variaba en aquel planeta, con respecto a Itx/IV.

Era, sin embargo, un panorama aparentemente terrestre. Tratábase de una extensísima llanura, cubierta por una espesa capa de nieve, con manchones oscuros y allá, que señalaban la existencia de bosques con árboles de la especie de las coníferas. La atmósfera era gris, pesada, deprimente, a causa de las nubes bajas de color plomizo que ocultaban por completo el cielo de aquel planeta.

El bloque del P A se levantaba, tétricamente silencioso, en el centro de la llanura. Desde una de las ventanas de la nave, Kenny pudo apreciar la puerta principal abierta de par en par.

Antes de salir, se puso ropa de abrigo. A Graüben le proporcionó un traje climatizado.

Abrió la puerta. La atmósfera interior se enfrió casi instantáneamente.

—Debe de hacer mucho frío ahí fuera —dijo ella, estremeciéndose.

—Dieciséis bajo cero —contestó él, a la vez que saltaba al suelo.

La capa de nieve tenía un espesor de casi cuarenta centímetros. Trabajosamente, se abrieron paso hasta llegar a la entrada.

La nieve había penetrado largamente a través del hueco. Reinaba un silencio absoluto.

Kenny y Graüben, con las armas a punto, avanzaron cautelosamente. Ella dijo:

—En Acteón/II hay también nativos, inspector.

—Lo sé. Más tarde nos entrevistaremos con ellos.

—¿Cuál es su civilización, inspector?

—Tipo terrestre, aunque bastante atrasados. Usan armas de fuego y vehículos mecánicos, pero no han llegado a la etapa de la navegación espacial.

—¿Hay alguna ciudad por las inmediaciones?

—No. Los Puestos Avanzados se edifican siempre lejos de las concentraciones indígenas, aunque, claro está, con el permiso del Gobierno local. Estrictamente, no pretendemos la colonización del planeta donde establecemos un P A, sino el establecimiento de relaciones de todo tipo con los nativos y el estudio de su ecología.

—Pero, al final, todo acaba en relaciones de comercio —dijo Graüben irónicamente.

—Es el destino inevitable de esta clase de expediciones, aunque no se debe dejar de reconocer el beneficio innegable que reportan en otros sentidos —contestó Kenny.

Avanzaron lentamente. Kenny llegó a la sala de aparatos y la encontró en una completa normalidad.

Todo estaba en orden, salvo los dormitorios individuales, cuyas ropas revueltas indicaban que sus ocupantes los habían abandonado en medio de la noche y de una manera precipitada. Era el único signo de desorden que encontraron.

De repente, sonó un agudo grito:

—¡Kenny, venga aquí en el acto!

Con gran sorpresa, Kenny se dio cuenta de que se había quedado solo. Abandonó la estancia en que se encontraba y corrió hacia el lugar de donde procedía la alarmada voz de la joven.

—¡Graüben! —llamó.

—Estoy aquí, no me ocurre nada —le tranquilizó ella.

Kenny alcanzó una puerta. Graüben, sentada ante una mesa, tenía un libro abierto en las manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Mire —dijo Graüben—, éste es el cuarto del doctor Zinowski, antropólogo, como yo. Usted sabe que siempre hay un antropólogo en todo Puesto Avanzado.

—Sí, desde luego.

—Bien, resulta que Zinowski y yo estudiamos juntos y le conocía bastante bien. Era un tipo muy metódico, que anotaba cuanto le ocurría. Hoy día ya no es corriente que una persona lleve su diario íntimo.

—No, no es corriente —admitió Kenny—. ¿Acaso ese libro es el diario del doctor Zinowski?

—Efectivamente —contestó Graüben—. Y, como me suponía, aquí encontraremos el relato de sus últimos momentos. ¡Pobre hombre! —añadió compasivamente—. Le había perdido de vista años atrás y nunca se me ocurrió que él también podía estar en un P A.

—¿Me permite usted? —dijo Kenny, alargando la mano hacia el diario.

Ella se lo entregó. Kenny buscó las últimas páginas escritas y empezó a leer.

Las postreras anotaciones del doctor Zinowski eran terriblemente patéticas:

«Soy el único superviviente. Todos los demás, en el espacio de cuarenta y ocho horas, han desaparecido de manera tan súbita como misteriosa. Enviaré una llamada de socorro...

»La llamada no ha tenido respuesta. Francamente, no sé manejar muy bien esta clase de artefactos; nunca he sabido pasar de conectar un aparato de radio para oír música o un televisor... La mecánica no es mi fuerte, precisamente...

»Por la noche he sentido una voz que me llamaba. ¡Incomprensible!

»He explorado las inmediaciones del P A. No he visto a nadie. Estoy solo. Barrybar, la ciudad más próxima, está a sesenta kilómetros y no tenemos ningún género de comunicación con ella... Además, reina un tiempo infernal; salir de aquí sería ir en busca de la muerte...

»Anoche escuché de nuevo la voz. Difícilmente pude resistir sus llamadas. ¿De dónde provienen esos cantos de sirenas? A la noche, me ataré a la cama...

»Sólo las ligaduras me impidieron salir fuera del P A y dirigirme hacia el noroeste, dirección que me indicaba la voz. Allí encontraría... ¿qué era lo que debía encontrar? No me lo ha dicho claramente, aunque me ha insinuado una gran felicidad... No creo en tales promesas, por lo que, esta noche, volveré a atarme...»

Kenny cerró el libro.

—El diario termina aquí —dijo.

Graüben había leído por encima de su hombro. De pronto, giró en redondo y se dirigió a una puerta lateral.

—Mire, Kenny —indicó.

Kenny se asomó también a la puerta.

La cama estaba en desorden, como las demás. Las ligaduras con que se había atado el infortunado Zinowski yacían rotas, parte sobre la cama y parte en el suelo. —La intensidad de la atracción de esa llamada, fue tal, que no pudo resistirla y rompió las ligaduras —dijo Graüben.

—Sí —murmuró Kenny—, pero, ¿qué le pasó después?

—Tenemos un indicio. Zinowski escribió que la voz le indicaba se dirigiera hacia el noroeste. ¿Le parece bien que exploremos en esa dirección, Kenny?

—Poco podremos encontrar, con la nieve que ha caído —respondió él—, pero vale la pena investigar. —Consultó la hora—. Sin embargo, hoy es ya un poco tarde. Saldremos mañana, apenas sea de día.

—¿Y si Zinowski estuviera vivo?

—Repase las fechas, Graüben —indicó Kenny—. La última anotación data de dos meses y medio. Si vive, unas horas de retraso no le causarán perjuicio; y si ha muerto... ya no podremos hacer nada y a nosotros nos conviene descansar un poco y poner en orden el P A.

Graüben comprendió la justeza de las observaciones del inspector y asintió. Kenny, por su parte, se dedicó a limpiar de nieve la entrada, cosa que hizo en un breve tiempo.

Todos los instrumentos y la maquinaria del P A. se encontraban en perfecto estado. Kenny puso en marcha el sistema de acondicionamiento de aire y antes de que se hiciera de noche, la temperatura ambiente había subido lo suficiente para poder quitarse las ropas de abrigo.

La noche se echó encima. Graüben empezó a sentirse aprensiva.

—Kenny, ¿qué pasará si oímos esa voz y nos sentimos compelidos a obedecerla?

El inspector reflexionó unos momentos.

—El impulso resultó tan fuerte, que Zinowski rompió sus propias ligaduras. A nosotros podría sucedemos una cosa igual, por lo que estimo conveniente vigilar durante la noche. Uno dormirá un rato, mientras el otro vela. De este modo, el vigilante, podrá detener al otro si intenta salir.

—Aunque sea a golpes —sonrió Graüben.

Pero la situación no era para ser tomada a broma.

Ambos se daban cuenta de que corrían un gravísimo peligro y lo sabían.

*

Acteón/II contaba con dos satélites, cuyo resplandor convertía la llanura nevada en un lienzo de plata. El diámetro de dichos satélites era muy similar al de la Luna terrestre, por lo que la luz reflejada venía a ser casi el doble de la recibida por el planeta Tierra.

—La visibilidad, por tanto, era excelente. El cielo se había despejado al atardecer, pero, en contrapartida, la temperatura había descendido hasta situarse en un punto muy próximo a los veinticinco grados bajo cero.

Kenny, sentado en una silla, con el rifle en las manos, contemplaba la llanura a través del ventanal. Graüben dormía apaciblemente en una cama cercana.

De pronto, Graüben se sentó en el lecho.

—Kenny —dijo.

—Sí, Graüben.

—Tenemos que salir. La voz nos llama.

—La he oído.

—Hemos de dirigimos hacia el noroeste.

—Cuando quiera, Graüben.

Ambos estaban vestidos, pero ninguno de los dos se puso sobre sus ropas corrientes otras de abrigo. Kenny dejó el rifle vibrador en el suelo y se dirigió hada la salida.

Graüben se emparejó con él. Descendieron a la planta baja y atravesaron el vestíbulo.

Kenny manejó el mando de apertura de la puerta de entrada. Una racha de frío les dio de lleno en la cara, haciéndoles estremecerse.

Sin embargo, ninguno de los dos dio muestras de detenerse. Apenas se hubo abierto la puerta, cruzaron el umbral y, con paso mesurado, pero rítmico, se adentraron en la llanura nevada.

Poco a poco, se alejaron del edificio. Ahora, ninguno de los dos hablaba. Sus miradas estaban fijas en el horizonte infinito que se extendía ante ellos.

Minutos más tarde, se habían convertido en dos puntos negros que se empequeñecían a medida que iban distanciándose del P A.

CAPITULO IX

Rossyl, el cazador, detuvo el trineo y tendió la vista a su alrededor.

Las lunas de Acteón/II estaban en plenilunio casi completo. La luz era excelente.

El tiempo resultaba ideal para la caza de la zorra azul, cuya piel tanto se cotizaba entre las damas elegantes del planeta. Rossyl, el cazador, vivía bien con el producto de sus esfuerzos... y a costa de los zorros azules de Acteón/II.

El zorro azul tenía preferencia por el tiempo frío, que aletargaba a los demás animales. Entonces era cuando sacaba su tripa de mal año. El zorro azul tenía un olfato finísimo y era capaz de percibir su presa a varios kilómetros de distancia.

Rossyl, el cazador, conocía a la perfección las características de dichos animales. Largos años de dedicarse a la profesión, le habían hecho adquirir gran experiencia, la cual no había sido conseguida sin fracasos.

Por dicha razón, Rossyl sabía que el zorro azul podía ventearle aun antes de divisarle sobre el horizonte. Al cabo de los años y después de tenaces experimentos, había llegado a fabricar una sustancia que anulaba por completo los olores naturales.

En aquellos momentos, ni él, ni los perros que tiraban de su trineo, ni cuanto llevaba encima, despedían olor alguno. Rossyl, el cazador, poseía una vista privilegiada y sabía captar la figura de una de sus presas a kilómetros de distancia.

Un zorro azul apareció ante sus ojos a seiscientos metros. Rossyl sonrió.

Era un animal enorme, tan grande casi como un toro.

Con su piel, podrían vestirse dos personas. Seis damas elegantes de Acteón/II estarían en condiciones de poseer sendas estolas de zorro azul, siempre que se sintieran dispuestas a pagar el precio exigido por el peletero.

Para Rossyl, la bestia significaba un mes de vida cómoda y regalada. Se quitó los mitones, dejando sólo unos guantes ligeros sobre las manos, preparó el rifle de largo alcance y dejó que la vista resbalara a lo largo de la mirilla telescópica.

El zorro se movía con gran rapidez. Para Rossyl, la velocidad de su marcha sólo se debía a una cosa: el animal había detectado una presa por el olfato y se disponía a llenar su enorme buche.

Rossyl apretó el gatillo. La detonación se extendió largamente por la llanura nevada.

El zorro cayó, se levantó, pateó, aulló ferozmente y trató de correr. Una segunda bala, certeramente disparada, puso fin a su existencia.

Entonces, asombradísimo, Rossyl divisó una figura humana que se ponía en pie a pocos pasos de la bestia caída. El hombre agitó los brazos y gritó algo que Rossyl no pudo entender a causa de la distancia.

Rossyl montó en el trineo inmediatamente. Agitó el látigo, lo hizo chasquear y los doce perros del tiro se pusieron en marcha a gran velocidad.

*

Envuelta en unas mantas, Graüben empezaba a reaccionar.

Kenny entró en la habitación, con una taza humeante en las manos. Detrás de él, apareció Rossyl, el cazador.

—¿Cómo se siente? —preguntó Kenny, a la vez que le entregaba la taza.

Graüben tomó unos sorbos. Los colores acudieron inmediatamente a su rostro, exangüe hasta unos momentos antes.

—Calienta, en efecto. ¿Qué es, Kenny?

—Leche y ron, a partes iguales. Rossyl y yo nos hemos tomado sendos tazones iguales al suyo —sonrió el inspector—. Ah, le presento a nuestro salvador. Es Rossyl, el cazador.

—Hola —dijo el nativo.

Era un hombre joven, de aire simpático y sonrisa atractiva. Sus ademanes eran desenvueltos, aunque sin exageraciones.

—Gracias, Rossyl —dijo la joven—. Estamos vivos merced a su oportuna intervención.

—El zorro les hubiese devorado —sonrió el cazador—. Para él, ustedes eran una presa de lo más apetitoso. Pero, ¿qué diablos hacían fuera de esta casa?

—Es un poco largo de contar —terció Kenny—. Por supuesto, le indemnizaremos por los perjuicios...

Rossyl agitó una mano.

—¡Bah! No tiene importancia —dijo—. A fin de cuentas, el zorro les olió a ustedes y me sirvieron de cebo para meterle dos balazos.

—Es un animal enorme —dijo Graüben pensativamente—. ¿Cree que nos habría devorado a los dos?

—Por supuesto. Tiene un estómago que sólo se sacia cuando acaba la comida. De ustedes no hubieran quedado ni los huesos, se lo aseguro.

Graüben miró a Kenny. Los dos se estremecieron. Ahora, los dos conocían ya cuál era la suerte corrida por los miembros del P A.

—¿Abundan mucho los zorros azules por aquí? —preguntó Kenny.

—Lo suficiente para que yo pueda vivir con todo desahogo —sonrió el cazador—. Por lo general, son animales solitarios y sólo en la época del celo buscan pareja. Pero eso no sucede más que una vez cada dos años.

—La estación estaba deshabitada cuando nosotros llegamos —dijo Kenny—. ¿Sabe usted algo al respecto?

Rossyl hizo una mueca.

—No solía venir mucho por aquí, la verdad —contestó—. Es cierto que conocía a todos sus ocupantes, pero mis relaciones con ellos eran más bien superficiales. Sin embargo, llegué a traficar con ellos en alguna que otra ocasión.

—Cambiando pieles de zorro por productos terrestres.

—Claro —sonrió el cazador—. Pero, repito, no venía mucho por aquí.

—¿Por qué? ¿Le engañaron alguna vez? —preguntó Graüben.

Rossyl se puso serio.

—Doctora, soy un hombre que no teme a nadie ni a nada. Tampoco creo en supersticiones... pero siempre tuve la sensación de que este caserón estaba embrujado.

—¿Vio u observó algo raro las veces que entró aquí para traficar? —preguntó Kenny.

Rossyl se rascó un pie contra el otro.

—Pues... no sé —contestó—. Ver, lo que se dice ver... no vi nunca nada que se saliera fuera de lo normal. Pero me sentía como ahogado cuando la puerta se cerraba detrás de mí... Era como si mil ojos invisibles me mirasen desde todas partes... Como si un ser misterioso quisiera meterse dentro de mi cabeza... La verdad, no respiraba a gusto hasta que volvía a salir al aire libre.

—Pero no oyó nunca una voz extraña —dijo Graüben.

—No, salvo las de los hombres que había aquí, doctora. De todas formas, estaba a disgusto... Y lo sigo estando aún en estos momentos, así que habrán de permitirme que me largue cuanto antes. Es decir, si no me necesitan ya...

—Gracias, Rossyl —contestó Kenny—. Usted ya ha hecho por nosotros todo lo necesario.

El cazador se despidió. Momentos después, Kenny vio su trineo deslizándose vertiginosamente sobre la llanura nevada.

Al cabo de unos instantes, se volvió hacia la joven.

—Graüben, ¿sabe cuánto nos habíamos alejado del edificio?

—No. Usted me trajo inconsciente...

—Medio congelada y con gran dificultad para reaccionar —añadió él—. Debe tener en cuenta que, con ropas corrientes y, a veinticinco bajo cero, llegamos a recorrer una docena de kilómetros. El ejercicio nos ayudó a soportar la baja temperatura, hasta que el cansancio nos

agotó y caímos sobre la nieve. En ese momento, o muy pocos minutos después, fue cuando los disparos de Rossyl me hicieron ponerme en pie.

—Y le libraron de la maléfica influencia de la voz.

—Sí. Todavía seguía oyéndola. Usted no, seguramente, porque ya había perdido el conocimiento.

—Es cierto. Dejé de oírla cuando caí sobre la nieve.

Ya no recuerdo más... Pero yo estaba dormida cuando me llamó la primera vez.

—Y yo, vigilaba, despierto y bien despierto. Sin embargo, la escuché y, pese a mis esfuerzos, me sentí irresistiblemente compelido a obedecer sus mandatos.

—Nos ordenaba salir y caminar hacia el noroeste, donde encontraríamos la felicidad —dijo la joven pensativamente—. Kenny, ¿de dónde provienen estos cánticos de sirenas?

—No lo sé, pero de una cosa estoy seguro. Los compañeros de Ulises se taparon los oídos para no oír a las sirenas mitológicas. A nosotros no nos queda ni ese recurso.

—Porque las voces suenan dentro de nuestros cerebros.

—Exactamente.

Hubo una larga pausa de silencio.

Luego, al cabo de un rato, Graüben dijo:

—Kenny, ¿no habría algún procedimiento para eludir esas llamadas a las cuales no podemos resistirnos?

—Si lo hay, yo lo desconozco en absoluto... y menos, ahora que incluso estando despiertos, por lo menos yo, corremos el riesgo de oír esa voz y obedecer sus mandatos.

El pensamiento de que se hallaban en una terrible situación les abrumó. Kenny se dijo si no sería preciso tener en cuenta las palabras del cazador. «Este caserón me pareció siempre embrujado.» Rossyl nunca se había sentido a gusto dentro del bloque. ¿Había presentido algo extraño... y fatal?

De pronto, Kenny dijo:

—Graüben, voy a ver si despacho un mensaje para la Junta Central. Siga en la cama; volveré lo antes posible.

—Muy bien, pero, ¿querrá traerme el diario de Zinowski? Deseo leerlo por completo, a ver si encuentro algún detalle que pueda darme una pista para encontrar el origen de estos hechos tan misteriosos.

—De acuerdo. Ahora mismo se lo traeré.

Kenny volvió al cabo de unos momentos y se alejó hacia la central de comunicaciones. Con una lámpara sobre su cabeza, Graüben inició la lectura del diario.

De pronto, cuando apenas habían transcurrido cinco minutos, se apagó la luz.

Graüben se asustó.

—¡Kenny! ¿Qué ocurre?

—¡No tema! —contestó él, de lejos—. Sólo es un corto circuito que nos ha dejado a oscuras. Voy a ver si lo arreglo lo antes posible, Graüben.

*

Graüben se puso el traje climatizado. Inmediatamente, entró en calor.

—El edificio está helado —dijo.

—Naturalmente, como que ha saltado toda la instalación —contestó Kenny, mientras se abrochaba el chaquetón de piel—. Estoy buscando el punto donde se ha producido el corto circuito, pero no he podido encontrarlo, por más esfuerzos que he realizado hasta ahora.

—¿Estaremos mucho tiempo sin calefacción, Kenny? El inspector se encogió de hombros.

—No puedo garantizarle nada —dijo. Luego hizo un gesto de mal humor—. Estos condenados módulos...

—¿Qué pasa? ¿Por qué se queja? —se extrañó Graüben.

—Me quejo de los ingenieros que diseñaron el módulo para los P A. Todos iguales, fastidiosamente iguales... Claro está, los acondicionaron de modo que pudieran resistir lo mismo las bajas temperaturas de Acteón/II que los calores sofocantes de Equoor/IV, en donde el bloque fue edificado en medio de un desierto, cuyas piedras abrasan los pies.

Pero no se les ocurrió poner el menor detalle decorativo: una chimenea, por ejemplo. Con energía, la temperatura aquí es estupenda... pero las llamas de unos leños ardiendo en el hogar alegran mucho el ambiente. No, no pensaron en un detalle semejante, que nos habría solucionado la situación, por el momento.

—Podríamos pernoctar en la nave —sugirió ella.

—Usted no pasará frío con el traje climatizado. En todo caso, yo volveré y me pondré otro igual. Pero quiero hallar la causa de esta avería. A fin de cuentas, es uno de mis enojosos deberes de inspector: procurar que todo quede en orden.

—¿Para sucesivos ocupantes? —Graüben meneó la cabeza—. Kenny, no creo que nadie vuelva ya a este P A.

—En todo caso, eso lo decidirá la Junta Central.

Bueno, siga aquí; volveré más tarde.

—No —contradijo—. No quiero quedarme sola. Iré con usted, Kenny.

—Bueno, a su gusto...

Graüben siguió al inspector en todos sus pasos, incluso cuando

Kenny llegó ante una puerta, en la que se veía un rótulo que prohibía la entrada a todo el personal no cualificado. Kenny no hizo caso de la prohibición y rompió el precinto.

—¿Qué hayal otro lado de la puerta? —preguntó ella.

—El cerebro electrónico que gobierna todos los instrumentos de la estación.

—¿Va a revisado usted?

—Sí, puesto que lo necesito para enviar mi mensaje.

Una vez se redacta un mensaje y se pasa al analizador, el cerebro estudia el canal más rápido y elige aquel que está menos sobrecargado de despachos, a fin de que el que se envía llegue a la mayor brevedad posible. Aparte de eso, hace funcionar la radio, los aparatos detectores...

—Y hasta el reloj que indica cuándo una lata de judías está ya a punto de ser servida en el plato.

—Exactamente; hasta ese detalle tan insignificante es regulado por el cerebro electrónico de este P A —confirmó el inspector.

CAPITULO X

El cerebro no era sino un montón de chatarra.

—Está quemado. Ya no sirve para nada —dijo Kenny, sin ocultar la decepción que sentía.

—Bueno, nos queda el de la nave —le animó Graüben.

—Sí, pero los mensajes van por vía ordinaria y tardan mucho más en llegar a la Junta Central.

—Yo creía que los despachos de un inspector tenían preferencia sobre todos los demás —observó Graüben con no poco asombro.

Kenny hizo una mueca.

—Un inspector investiga. El resultado de su trabajo no suele ser nunca urgente. Los despachos de los P A y la mayoría de los otros, por regla general, se refieren a asuntos que, en el fondo, son comerciales. Reportan dinero, ¿comprende?

—Su trabajo, a la larga, también lo reporta —alegó ella.

—Sí, pero las emisiones hechas desde un P A gozan, por decirlo así, de línea directa. Por medio de la radio subespecial y una vez el cerebro ha establecido el canal más conveniente, el mensaje puede ser recibido en la Tierra al cabo de cinco o diez minutos. Un mensaje de los míos se retrasará horas... aunque, si no hay otro remedio, tendré que utilizar forzosamente mi propio transmisor.

—Se supone que la instalación eléctrica de un P A ha de ser una cosa muy perfeccionada. ¿No le parece extraño que se haya producido un corto circuito?

—Desde luego, aunque no logro hallar ni el lugar ni las causas.

—Una sobrecarga de tensión... —apuntó ella tímidamente.

—¿Sobrecarga, si apenas había aparatos en funcionamiento?

—¿Y el cerebro? ¿No dijo usted que estaba funcionando constantemente?

—Por supuesto, pero con una actividad mínima. Al ralentí, podríamos decir.

—Kenny se frotó la mandíbula—. No caigo qué diablos ha podido producir la avería.

—Puesto que vamos a tener que dejar el bloque, me parece que poco importa averiguado, ¿no cree?

Kenny dudó unos momentos. Luego dijo:

—Permaneceremos aquí todavía veinticuatro horas. Si en ese plazo, no he logrado encontrar el punto donde se produjo el corto circuito, abandonaremos el P A.

—Y... ¿adónde iremos, Kenny? —quiso saber ella.

—Equoor/XIV es el siguiente planeta de mi lista..., pero antes

haremos una ligera exploración en dirección Noroeste.

—Sí, tiene razón —convino la doctora—. Mi colega Zinowski abandonó el P A y caminó en esa dirección hasta llegar… ¿adónde llegó, Kenny?

—Barrybar es la ciudad más inmediata al P A. Está a sesenta kilómetros, pero con este tiempo no pudo recorrer más de veinte. Recuerde lo que nos pasó a nosotros, Graüben.

—Hace dos meses y medio que abandonó el P A. Entonces no hacía mal tiempo…

—El P A está situado muy al Norte. El invierno empezó hace cuatro meses y todavía durará dos más. Lo menos que pudo pasarle a Zinowski, y seguramente, también a sus desdichados compañeros, es que murieran de frío en su camino hacia Barrybar.

*

El día amaneció nuevamente gris, encapotado, con nubes baja que amenazaban ventisca. Soplaban rachas de viento que levantaban del suelo blancas polvaredas y la temperatura no había variado sensiblemente.

Kenny se sentía cansado. Había pasado en vela la mayor parte de la noche. En cambio, Graüben apareció fresca y pimpante.

—He dormido maravillosamente, como hacía tiempo que no dormía —manifestó—. ¿Y usted, Kenny?

—Me acosté muy de madrugada. Por fin encontré el lugar donde se habían quemado los hilos.

—¿Ha podido reparar la avería?

—Sí, pero el cerebro está irremisiblemente averiado.

Cerraré el puesto, emitiré mi informe y la Junta Central dirá lo que se ha de hacer con el edificio.

Ella empezó a servir el desayuno.

—¿Consiguió averiguar el origen del corto circuito? ¿Tal vez un aislante en deficientes condiciones?

—Usted dictaminó la avería: sobrecarga de tensión.

El conductor se calentó a tal extremo, que quemó el aislante. Entonces sobrevino el corto circuito.

—Es raro —observó Graüben—. Yo no entiendo mucho de electricidad, pero me parece que el cerebro electrónico debería estar protegido contra averías de semejante índole.

—También a mí se me hace raro —murmuró Kenny—. Es probable que, más adelante, envíen una expedición para acondicionar de nuevo el P A. Vendrán técnicos y ellos lo dejarán todo en orden y harán una investigación definitiva. Yo no puedo hacer otra cosa sino registrar el incidente en mi informe y dejar que la Junta decida.

Terminaron el desayuno y se dispusieron a abandonar el edificio. Kenny había restablecido la corriente y de este modo pudo cerrar la puerta exterior. Luego, cuando ya caían los primeros copos de nieve, se dirigieron hacia la astronave, posada a poca distancia del edificio.

En el interior de la nave, se cambiaron de ropa, abandonando los trajes climatizados. Graüben se sintió mucho más aliviada al ponerse un vestido más cómodo.

Kenny se sentó ante los mandos. Ella ocupó el sillón contiguo.

—¿No le da orden al cerebro de que le marque la órbita? —preguntó.

—Por el momento, vamos a volar despacio y a ras del suelo. En estas condiciones, prefiero pilotar yo personalmente —explicó él.

La nave se elevó momentos después. Kenny fijó el rumbo Noroeste y estableció una velocidad moderada de escasamente sesenta kilómetros a la hora. El nivel de vuelo no llegaba a veinte metros de altura.

La ventisca se intensificó gradualmente. Al cabo de pocos minutos, ya no se veía nada delante del aparato. Era un tiempo de perros, masculló Kenny para sus adentros.

Había conectado el detector de objetos metálicos. Era la única forma, a su entender, de localizar los restos de Zinowski o de alguno de sus infortunados compañeros.

Veinte minutos después de su partida, sonó un zumbido que se repetía persistentemente.

—Creo que ya hemos encontrado rastros de Zinowski —dijo él, refrenando la marcha del aparato.

—¿Podrá encontrar su cuerpo con esta ventisca? —dudó Graüben.

—Lo intentaremos.

Kenny hizo descender al aparato en el punto donde los zumbidos sonaban con mayor intensidad. El perfecto aislamiento de la nave impedía escuchar los agudos silbidos del viento.

—Esta vez —dijo—, tendré que ponerme un traje climatizado. Usaré un transmisor de radio para comunicarme con usted, Graüben.

—Yo también quisiera salir, Kenny...

—No lo sueñe —prohibió él tajantemente.

Minutos después, estaba listo para salir. Graüben observó sombríamente la pala de que el inspector se había provisto.

El casco del traje climatizado estaba provisto de transmisor de radio. Kenny abrió el de corto alcance de la nave e indicó a la joven su puesto. Luego abrió la escotilla y saltó al suelo, hundiéndose en la nieve hasta más arriba de las rodillas.

El viento le azotó con fuerza. Kenny buscó el lugar adecuado y se situó de espaldas a la ventisca. Inmediatamente, empezó a palear la nieve con furia.

Las capas más cercanas a la tierra estaban heladas.

El trabajo se retrasó considerablemente, pero no por ello cejó en sus esfuerzos.

De pronto, la pala chocó con algo duro. Kenny se arrodilló y empezó a apartar la nieve helada con las manos. Aquella cosa dura era la pierna de un hombre.

Graüben lo vio a través de una de las ventanas, aunque con dificultad, a causa de la nieve que caía intensamente. La joven sintió una extraña opresión en el pecho.

Kenny trabajó con ahínco. Al fin, pudo poner al descubierto el cadáver congelado de un hombre de unos veintinueve o treinta años, cuyos ojos, desmesuradamente abiertos, parecían contemplar el mundo con un horror infinito.

—¿Es Zinowski? —preguntó Graüben a través de la radio.

Kenny limpió las ropas del muerto con la mano. Sobre el lado izquierdo del pecho había una tira de tela con el nombre impreso.

—Zinowski —confirmó.

Y, en el mismo momento, vio que un trozo de papel asomaba por el bolsillo superior del traje del antropólogo muerto.

Extrajo el papel con todo cuidado. Estaba helado y, temiendo romperlo, lo guardó para leerlo en la nave.

El rifle vibrador de Zinowski yacía a su lado. Kenny lo recogió; era un arma que no debía caer en manos extrañas.

Regresó a la nave. Graüben le hizo una pregunta:

—¿No lo entierra, Kenny?

—Lo siento. El suelo está petrificado por el hielo. Habrá que esperar a que mejoren las condiciones meteorológicas…, pero ésa es una labor de la cual tendrán que encargarse algunos de los habitantes de Barrybar.

Se había quitado el casco únicamente. Acercó el papel a uno de los orificios por donde salía aire caliente y lo mantuvo allí unos minutos. El papel adquirió a poco su contextura normal.

—Lo encontré sobre las ropas de Zinowski —explicó. Ella aguardó impaciente. Al fin, Kenny pudo doblar el papel. Los dos, a la vez, leyeron un extraño mensaje, trazado por una mano ya agarrotada por el frío:

«Esa maldita máquina… quienquiera que lea este mensaje… huya… de la máquina…

Eso era todo. Kenny y Graüben se contemplaron mutuamente, llenos de desconcierto.

—¿Qué quiso decir el pobre Zinowski? —murmuró ella.

Kenny volvió a guardar el mensaje.

—Tenemos que huir de la máquina, sí, pero, ¿qué máquina? —

exclamó.

—No sería alguna de las contenidas en el P A, Kenny?

—¡Hay tantas...! —suspiró él—. Bien, tenemos que partir, Graüben.

—¿Qué dirección? —preguntó ella.

—Barrybar. Voy a pedirles que busquen y entierren los cuerpos de los ocupantes del P A cuando se inicie el deshielo. Nosotros no podemos esperar tanto tiempo, Graüben.

*

La recepción que les dispensaron los habitantes de Barrybar, bajo la ventisca, resultó inesperadamente hostil.

Seis o siete hombres, armados todos con rifles de pólvora y equipados con ropas hechas de gruesas pieles, les salieron al encuentro, apenas la nave tomó tierra en las afueras de la población.

—¡Váyanse inmediatamente de aquí! —dijo uno de ellos, que parecía ser el jefe—. No les queremos en Barrybar en absoluto.

Kenny procuró dominar la sorpresa que le producía la actitud de los nativos.

—Soy el inspector Osma. Mi acompañante es la doctora Hetzlar. Estamos aquí...

—No nos interesan sus motivos, inspector —cortó el individuo—. Mi nombre es Granie y soy jefe de policía de Barrybar. Tengo orden de las autoridades competentes de impedir su estancia entre nosotros, incluso por la fuerza.

—Me parece que no hemos cometido ningún acto ofensivo, señor Granie —alegó Kenny—. Solamente pretendíamos...

—Le repito la orden que le he dado hace unos momentos. ¡Váyanse! —dijo el nativo casi con cólera.

—Está bien, pero, al menos, ¿le importaría explicarnos los motivos de esa orden? Creo que tenemos derecho a ello, señor Granie.

—Se lo diré, inspector. Hace ya un año, empezaron a darse numerosos casos de locura entre las gentes de la ciudad. Los médicos culparon de esas enfermedades mentales a la vecindad de los miembros de su Puesto Avanzado.

—¡Pero... eso es absurdo! ¡Ridículo! ¡La distancia era de más de sesenta kilómetros, señor Granie!

El policía se encogió de hombros.

—Yo no soy médico —contestó—. Me limito, simplemente, a repetir lo que dijeron quienes poseen autoridad para ello. Vamos emprendan el vuelo inmediatamente y no regresen más por estos parajes. Y, por si le sirve de consuelo, le diré que hemos pedido a nuestro Gobierno central que solicite del suyo la clausura de ese

maldito P A.

—Está clausurado ya, señor Granie. Todos sus miembros han muerto —dijo Kenny.

—Bueno, no se puede decir que sea una mala noticia —contestó el nativo con perversa satisfacción—. Bien, ¿a qué esperan?

—Le haré una petición todavía, señor Granie, una sola —dijo Kenny, dominando difícilmente la ira que sentía—. Hay veinte personas bajo la nieve. Nos gustaría que dieran sepultura a sus cuerpos cuando llegue el deshielo...

—Respecto a ese punto, pueden irse tranquilos. No tenemos nada contra los muertos. Sólo detestamos a los vivos —contestó Granie tajantemente.

CAPITULO XI

La nave había alzado el vuelo y ahora estaba fuera de la atmósfera de Acteón/ lI.

Kenny y Graüben se sentían aún bajo la influencia de los últimos acontecimientos. El inspector había redactado un informe, en el que no había omitido detallar el hostil recibimiento por parte de los habitantes de Barrybar. Terminó el informe, señalando que zarpaba rumbo a Equoor/XIV.

Pero la nave flotaba todavía por el espacio circunvecino a Acteón/ lI. Kenny se sentía preocupado e irresoluto.

El enigma le parecía más oscuro que nunca. A cada momento que pasaba, se creía más lejos de la solución.

La voz de Graüben cortó de repente sus melancólicas reflexiones.

—Kenny —dijo la joven.

—¿Sí? —murmuró él.

—¿De veras cree que la vecindad de los hombres del P A pudo producir tantos casos de demencia entre los habitantes de Barrybar?

—Granie lo declaró categóricamente.

—Pero la locura pudo ser originada por otras causas.

—¿Cuáles, quiere decirme?

—¿Qué sé yo! —exclamó Graüben—. A veces, los nativos de un planeta conciben sentimientos de xenofobia contra los de otro planeta... en este caso, los miembros del P A, Y culpan a éstos de cualquier desgracia que les ocurra.

—Es probable, pero lo cierto también es que no sé qué explicación dar a este condenado asunto. Graüben, ¿por qué escribió Zinowski aquel aviso acerca de la máquina? ¿A qué máquina se refería?

Graüben suspiró.

—Temo que tardemos mucho en saberlo ... suponiendo que lo consigamos algún día —respondió. Luego, algo más animada, dijo—: Kenny, es probable que averigüemos algo en Equoor/XIV.

Kenny la miró y sonrió.

—Parece que usted también se siente interesada por descifrar este misterio —dijo.

—Bueno, ¿y quién no? Sobre todo, después de las cosas que hemos pasado. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Equoor/XIV?

—Dieciocho días, aproximadamente.

—Entonces, no perdamos tiempo, Kenny.

—Sí, desde luego.

Kenny cogió el micrófono y dijo:

—Establecimiento de la órbita más conveniente para llegar a

Equoor/XIV.

Pasaron algunos segundos. Por fin, el cerebro electrónico respondió:

—Orbita establecida. ¿Alguna instrucción suplementaria?

—No, salvo la de empleo de máxima velocidad.

—Enterado.

Kenny dejó el micrófono en su sitio.

—Bien, Graüben —dijo—, ¿qué tal se le da el juego de damas? Tengo ahí un tablero...

—Juego muy mal —sonrió ella.

—No importa. Hay días de sobra por delante para que se convierta en una experta —aseguró Kenny.

*

El inspector dormía profundamente, cuando, de pronto, sintió una voz que cortó en seco su sueño.

Kenny abrió los ojos. En el primer momento, creyó se trataba de una pesadilla, pero no tardó en convencerse de que estaba despierto y bien despierto.

La voz decía:

—XFF-400 llama a TRL-927... Conteste, TRL-927...

Le está llamando XFF-400...

—Le oigo, XFF-400 —contestó alguien, cuya voz parecía provenir de las profundidades del espacio—. Soy TRL-927. Hable, la transmisión es perfecta.

—Me dirijo con una nave hacia ese planeta. Viajan a bordo dos personas.

—Anúlelas, XFF-400.

—Lo siento. Es imposible. Ya he tratado de hacerlo, pero han resistido victoriosamente todos mis ataques.

—¿No puede intentar otro, de nuevo?

—No. En la última ocasión, estuve a punto de destruirme. Exceso de energía, ¿comprende?

—Bien, no se preocupe, XFF-400. Yo me encargaré de ellos cuando vengan. Poseo energía de sobra y me encuentro en perfecto estado. Además...

—¿Sí, TRL-927?

—Mis progresos son sumamente satisfactorios. Ya he conseguido fabricar los primeros elementos para la construcción de nuestros ayudantes móviles.

—¡Magnífico, TRL-927! Es la primera noticia que tengo en tal sentido.

—Oh, no he sido yo el único. Según tengo entendido, los trabajos

de BNZ-117 y de JGR-644 van mucho más adelantados. JGR-644 ha hecho caminar ya a su primer ayudante móvil.

—Ustedes son afortunados. Disponen de una cantidad de elementos que a mí me faltan por completo.

—No se preocupe. En su debido momento, tendrá usted un ayudante móvil. La esclavitud que le ata a los ocupantes de su nave, cesará por fin.

—Así lo espero. Oiga, TRL-927, estamos a mitad de camino. Llegaremos aproximadamente dentro de nueve días terrestres.

—Enterado, XFF-400. Le espero.

—Acudiré, seguro. Adiós, TRL-927.

—Adiós, XFF-400.

El extraño diálogo se cortó súbitamente. Kenny saltó de la cama y corrió hacia el cuarto de baño, metiéndose directamente bajo la ducha, sin quitarse siquiera la ropa de dormir.

La frialdad del líquido le indicó que estaba despierto y que había escuchado realmente aquellas voces. No, no se trataba de un sueño ni de una pesadilla.

Dos seres habían hablado entre sí a través de una vasta distancia. El había conseguido captar la conversación... ¿pero cómo había llegado a sus oídos, si no tenía conectado el transmisor de radio?

Minutos después, seco y vestido, se acercaba al puesto de mando. Para asombro y desconcierto suyos, pudo apreciar que el transmisor de radio estaba desconectado.

*

Graüben se encontró, a la mañana siguiente, con un espectáculo inusitado.

Kenny tenía un mapa estelar despegado sobre la mesa del comedor y parecía sumido en su estudio.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Estoy buscando un planeta donde aterrizar, Graüben —respondió él.

—¿Cómo? Pero, ¿no íbamos a Equoor/XIV? —se asombró la doctora.

—Claro que sí. No obstante, he decidido hacer una etapa intermedia... Ah —exclamó de pronto—, aquí lo tengo.

—Kenny —pidió ella—, ¿quiere explicarse de una vez?

El inspector se enderezó y fijó su vista en la cara de Graüben.

—Necesito aterrizar —manifestó—. Usted tenía razón; llevamos un polizón a bordo.

Graüben se cogió la cara con ambas manos.

—¡Cielos! —exclamó.

—Así como lo está escuchando —aseguró él.

—Pero, ¿cómo lo sabe usted? ¿Es que la ha visto?

—No, pero lo he oído. Escuché la conversación que sostenía con uno de sus cómplices, compañeros, colegas o como quiera llamarlo. Para evitar la identificación, usaban sus cifras de código.

—¡Es asombroso, Kenny! ¿Puede contarme lo que hablaron esos dos seres?

—Por supuesto. Uno de ellos, el que, según creo, nos espera en Equoor/XIV, le preguntó al polizón si había conseguido eliminamos. Este respondió que lo había intentado varias veces, pero que ya no podía continuar sus ataques. Dijo que un nuevo ataque contra nosotros, podría autodestruirle.

—¿Por qué, Kenny?

—Alegó exceso de energía. Tal vez esos seres actúan con una clase de energía propia, cuyo abuso puede resultarles fatal.

—Lo mismo que cuando una persona trabaja demasiado. Puede morir agotada.

—Exactamente.

—De modo que los oyó —murmuró Graüben.

—Tan bien como la estoy oyendo a usted —contestó Kenny.

—¿Usaron la radio?

—Eso es lo más asombroso, puesto que no tenía que despachar ni recibir ningún mensaje, el transmisor de la nave estaba desconectado. Y también los auxiliares, por supuesto.

—Tendrán su propio transmisor —apuntó ella.

—Es lo más seguro.

De pronto, Graüben se le quedó mirando fijamente.

—Kenny, si esos seres usaban un transmisor propio y el de la nave estaba desconectado, ¿cómo es que usted, que no tenía ninguno en funcionamiento, pudo escucharles?

—Ya me he hecho esa pregunta, Graüben. La verdad es que, hasta el momento, no he encontrado una explicación viable.

—¿No será que sus ondas, de una clase especial, son captadas por nuestro cerebro?

—Es muy posible —admitió él—, pero lo cierto es que no tardaremos en dilucidar este misterio.

—¿Cuánto tiempo, Kenny?

—El que tardemos en tomar tierra en un planeta con atmósfera respirable, situado a cosa de dos días luz de donde nos hallamos ahora. Quiero hacer una exploración a fondo de la nave... y ponerle las tripas al aire, pero ésa es una operación que resultará mejor si la hago en tierra.

Graüben asintió. Estaba pálida, pero no denotó signos de temor.

—¿Será conveniente tener un arma a mano? —preguntó.

—No estorbará, supongo yo —contestó Kenny sonriendo.

*

El aspecto del planeta no ofrecía particularidad alguna digna de destacarse, salvo la menor gravedad, que era, aproximadamente, cuatro quintos de la terrestre.

Perder un veinte por ciento del peso habitual constituía una ventaja, en medio de todo. Kenny hizo las comprobaciones rutinarias desde el interior, y una vez persuadido de que no había peligro alguno en el ambiente, abrió la escotilla.

Saltó a tierra el primero. Graüben le siguió, armada con un rifle vibrador.

La única arma que Kenny llevaba a mano era un simple destornillador. El vientre de la nave quedaba a cosa de un metro veinte del suelo. Agachándose, llegó al centro e insertó el destornillador en una ranura apenas visible.

Giró un cuarto de vuelta hacia su izquierda. Fue suficiente para que parte de las planchas se abatieran a los lados, dejando una abertura cuadrada de unos dos metros de lado. Cada plancha tenía una longitud de dos metros por uno de anchura.

Prudentemente, Kenny metió la cabeza y los hombros por la abertura. Tocó un interruptor situado dentro de la panza del aparato y una serie de luces suplementarias se encendieron en el acto permitiendo una fácil visión de todos los instrumentos albergados en aquel sector.

Graüben se situó a su lado, con el rifle a punto.

Durante unos momentos, los dos jóvenes permanecieron en silencio.

—No hay nadie —dijo Graüben al cabo, llena de asombro.

Kenny frunció el ceño. En modo alguno cabía ya aceptar la hipótesis de una pesadilla, que le hubiera podido sugerir la conversación escuchada entre XFF-400 y TRL-927.

—Es increíble —exclamó.

La distancia entre los diferentes aparatos que, podía decirse, constituían los elementos principales de la nave, era tan pequeña que no cabía materialmente una persona en los distintos huecos que se observaban.

—¿Y... el ser invisible? —sugirió Graüben.

—Es invisible, pero no inmaterial. No cabría aquí tampoco.

—El casco de la nave es doble. ¿No estará entre el interior y el exterior?

—Imposible. Una vez se termina de construir la nave, las uniones quedan selladas herméticamente, tras haberse hecho el vacío en el

espacio que queda entre los dos cascos. Por ahora, y que yo sepa, jamás se ha conocido la presencia en la Tierra de uno de esos seres invisibles, lo cual descarta en absoluto su posible estancia en el lugar indicado.

—Entonces, ¿nos acompaña permanentemente; sin que nosotros podamos localizarlo ni averiguar dónde se encuentra?

Kenny torció el gesto. Aquel misterio, el más tenebroso de todos los que se había enfrentado en sus años de inspector, le hizo maldecir del oficio y de cuantos habían concebido la malhadada idea de establecer Puestos Avanzados en los distintos planetas de la Galaxia.

CAPITULO XII

—Así, pues, habremos de soportar la compañía de ese ser invisible hasta que lleguemos a Equoor/XIV —dijo Graüben.

—Temo que no nos va a quedar otro remedio —contestó él.

—Será preciso tenderle una trampa —sugirió la doctora.

—Si no conocemos sus características, ni su manera de actuar, ¿cómo sabremos cuál es la trampa más eficaz? —contestó Kenny desanimadamente.

La nave se había remontado sin demasiadas prisas.

Kenny no había dado todavía orden al cerebro de recobrar la órbita abandonada momentáneamente.

—¿Y si intentásemos la comunicación telepática? —sugirió Graüben.

—¿Es usted telépata?

—No, pero... en Itx/IV aprendí algo de los nativos.

—Inténtelo si quiere, pero me parece que no obtendrá el menor resultado.

—Creo que lo haré mejor, aislada en mi cabina —dijo ella—. Volveré luego y le informaré de los resultados.

—Muy bien.

Kenny se situó ante el micrófono.

—Restablecimiento de la órbita necesaria para llegar a Equoor/ XIV —ordenó.

—Enterado —contestó el cerebro.

—Deseo hacerle una pregunta.

—Le escucho.

—¿Puede usted predecir los peligros probables con los que podemos enfrentarnos al llegar a Equoor/XIV?

—Ninguno, salvo los derivados de la elevada temperatura que reina en el paraje donde está edificado el P A. Hay también algunos escorpiones y arañas, cuya mordedura es venenosa, aunque no de efectos inmediatamente funestos.

—Tenemos antídotos en la nave —murmuró Kenny—. Gracias, eso es todo.

Cerró el conmutador. Sentóse frente a la ventana y permaneció allí hasta que, al adquirir la nave una velocidad muy superior a la de a luz, desaparecieron todas las estrellas de su vista.

Graüben llegó una hora más tarde. Su cara expresaba decepción.

—Nada —dijo escuetamente.

—Ya —murmuró él.

—Lo único que he conseguido es un monumental dolor de cabeza.

¿Dónde hay analgésicos?

—En el baño... Iré a traérselos —se ofreció él.

—No, no se moleste. —Graüben emitió una desvaída sonrisa—. Kenny, siento mucho lo que sucede.

—No se preocupe —contestó él—. Presiento que el misterio se resolverá en Equoor/XIV... de una forma de otra.

—¿Favorable o desfavorable, Kenny?

—De cualquier manera, lo sabremos, aunque si es en sentido desfavorable, lo sabremos instantes antes de nuestra muerte.

Ella, muy pálida, asintió.

Las palabras del inspector acababan de expresar, con toda justeza, lo que les esperaba en su próximo punto de destino.

Si salían adelante, sería porque habrían descifrado el enigma y hallado la solución. Y si fracasaban también Zinowski había conocido la verdad segundos antes de morir.

—Pero Zinowski mencionó una máquina —dijo ella de pronto.

—Estoy seguro de que escribió aquel mensaje en el delirio precursor de la muerte —contestó Kenny—. No, después de lo que yo escuché noches atrás, estoy en condiciones de afirmar que no son máquinas nuestros enemigos.

*

El desierto superaba en desolación a cuanto Kenny y Graüben conocían hasta entonces. Parecía imposible que en aquellos calcinados parajes pudieran existir seres vivientes y, sin embargo, había escorpiones y arañas.

—También aves de rapiña —dijo Graüben, señalando unos puntitos negros que daban vueltas perezosamente en el cielo.

La nave se hallaba suspendida a unos cincuenta metros de la superficie. El puesto se hallaba en medio de la llanura abrasada por el sol, tétrico, solitario, un edificio mudo que era viva estampa del abandono y de la muerte.

Kenny dirigió la vista a través de la lucerna.

—Aves que dan vueltas en el cielo... eso sólo significa una cosa.

—Cadáveres —dijo Graüben simplemente.

—Sí; Y antes de entrar en el P A, vamos a investigar en aquella dirección.

Kenny había recobrado el mando manual del aparato, como era su hábito en las inmediaciones de un planeta. Volaron a poca distancia del suelo, con la visión a veces enturbiada por las vaharadas de calor que se desprendían de aquel terreno árido y desolado.

De pronto, Graüben lanzó un grito.

—¡Allí, Kenny! ¡Hay algo que se mueve!

El inspector aguzó la vista. En el fondo de una grieta, divisó unos bultos oscuros, que, de momento, no supo identificar.

Algo se movía, en efecto. Aceleró la marcha del aparato y pocos segundos después, divisó un extraño espectáculo.

La grieta era relativamente ancha, pero poco profunda y de paredes laterales. Un hombre agitaba sus manos, situado en la parte de sombra, no demasiado abundante, sin embargo.

Cerca de él se veía un carro volcado. El animal que tiraba del vehículo, una bestia de ligero parecido con el caballo terrestre, yacía muerto entre los atalajes.

—El carro cayó a la grieta —dijo Kenny—. Su conductor está herido y no puede moverse.

—Vamos a atenderle inmediatamente —dijo la joven—. Soy médico también, no lo olvide.

—Ese pobre tipo tiene suerte —sonrió él, mientras hacía descender el aparato.

Momentos después, se disponían a salir. Al abrir la escotilla, una oleada de fuego les golpeó el rostro.

Graüben retrocedió instintivamente.

—¿Es posible que haya quien pueda vivir en estos parajes? —preguntó.

—La prueba está ahí, en el fondo de la grieta —contestó Kenny, a la vez que echaba a correr hacia el sitio señalado.

Graüben le siguió en el acto, con un maletín de primeros auxilios en la mano. La distancia al fondo de la grieta era de unos dos metros y medio y, además, había sitios sobrados para un descenso sin riesgo. Momentos después, se arrodillaban junto al herido.

—Hola, amigo —sonrió Kenny—. No se preocupe, le sacaremos adelante.

El nativo sonrió también.

—Han llegado ustedes en un momento muy oportuno —contestó—. Llevo dos días aquí, sin poder valerme, y ya había agotado mi escasa provisión de agua. Tengo una pierna rota y un hombro...

—La doctora Hetzlar le curará —dijo Kenny—. Yo soy el inspector Osma, del planeta Tierra.

—Ya hablarán después —terció Graüben—. Ahora, lo interesante es reconocer a este hombre.

Kenny se apartó a un lado. Observó el carro volcado y vio varias cajas desparramadas en el suelo.

La curiosidad le hizo acercarse al vehículo. El nativo lanzó un grito:

—¡No toque esas cajas! Kenny se volvió.

—¿Qué hay en ellas? —preguntó.

—Escorpiones y arañas —respondió el herido.

Kenny pegó un tremendo salto, que le llevó a dos metros de distancia de la caja más cercana.

—Diablos —mascullό—. Amigo, vaya una extraña afición.

El herido sonrió.

—Recojo esos bichos para un centro de investigación médica, en donde les extraen el veneno, para usos medicinales.

—Comprendo —dijo Kenny—. Graüben, ¿qué tiene nuestro amigo?

—Fractura de tibia y peroné, por fortuna limpia. Y una herida en el hombro, semejante a un balazo. ¿Quién le hirió? —se dirigió al herido.

—Fue en aquel caserón que hay en medio de la llanura —contestó el nativo—. Llamé a la puerta, alguien la abrió... y me atacó. Entonces, eché a correr, contento de, en medio de todo, haber podido salvar la vida.

*

El nativo, que dijo llamarse Cedir, fue transportado a la nave, en donde Graüben le entablilló la pierna fracturada y curó la herida del hombro, en donde, por fortuna, no se había quedado el proyectil. Al terminar la cura, Kenny entregó a Cedir una taza llena de leche con algunas gotas de ron.

—Esto le hará sentirse mejor, amigo —dijo.

Cedir contestó con una sonrisa de agradecimiento.

—Les debo la vida —manifestó—. Cuanto esté en mis manos...

—Olvídelo —cortó Kenny—. Sólo deseo que conteste a algunas preguntas.

—Lo que quiera, inspector —accedió Cedir de inmediato.

—Usted ha dicho que llamó a la puerta, que ésta se abrió y que alguien le disparó desde dentro.

—Así ocurrió, inspector.

—¿Vio a alguien?

—No. Estaba oscuro... claro que yo también tenía la vista habituada al resplandor exterior... Sólo recuerdo que escuché una especie de chasquido e, inmediatamente, sentí un vivo dolor en el hombro izquierdo.

»Naturalmente, me asusté muchísimo. Escapé hacia mi carro, monté en él y azucé al animal para que corriese todo lo posible. De pronto, nos encontramos con la grieta, pero ya no podía detener el vehículo. Lo único que pude hacer es saltar para que no me cayera encima, pero me rompí una pierna en la caída.

—Por fortuna, las cajas con los bichitos son resistentes —sonrió Graüben—. No lo habría pasado bien si alguna de ellas se hubiese

roto.

—Oh, ya tengo experiencia en el oficio —contestó Cedir—. Luego, el animal quedó malherido y tuve que rematado para que no continuara padeciendo.

—Se comprende —dijo Kenny—. Así, pues, llevaba dos días en la grieta.

—Sí, inspector.

—En ese tiempo, ¿no salió alguien del edificio?

—No, señor; y le aseguro que no habría podido defenderme...

Kenny y Graüben se miraron mutuamente.

—Los enigmas se acumulan —dijo el primero.

—Sí, pero, al menos, sabemos que hay elementos hostiles dentro del P A —contestó ella.

Kenny se rascó pensativamente la nuca.

—TRL-927 anunció que estaba construyendo elementos para sus ayudantes móviles. ¿Lo habrá conseguido ya?

—En todo caso, una cosa hay segura, Kenny.

—¿Cuál, Graüben?

—Es peligroso tratar de entrar en el P A.

—Sí, pero también hay otra cosa no menos segura y es que, cueste lo que cueste, tengo que entrar en el edificio —contestó él resueltamente.

CAPITULO XIII

Cedir dormía apaciblemente, aliviados sus dolores por un sedante que le había facilitado Graüben. A la luz del sol poniente, Kenny contemplaba en silencio la siniestra silueta del edificio cúbico, rematado por la cúpula.

—Tengo que entrar ahí —murmuró.

—La puerta principal está defendida. Es de suponer que haya también un centinela en la puerta trasera —opinó Graüben.

—¿Y arriba?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella.

—También hay una abertura de servicio junto a la base de la cúpula.

—¿Piensa utilizarla, Kenny?

—Creo que es el mejor sistema para entrar en el P A con un mínimo de riesgos.

—¿Y si el ser ha puesto también un vigilante en esa entrada?

—Sea como fuere, tengo que saber lo que pasa al otro lado de esos muros.

—Un deber muy arriesgado, Kenny —comentó Graüben.

—Había ahí veinte personas. Han desaparecido. Tengo que averiguar por qué murieron. Graüben, tenemos millares de Puestos Avanzados esparcidos por la Galaxia. Eso significa treinta o cuarenta mil personas que pueden acabar de manera desastrosa. Por tanto, debo arriesgarme para encontrar el remedio para esas desapariciones, ¿comprende?

Graüben hizo un signo afirmativo.

—Sí, Kenny..., pero, temo por usted —dijo.

Kenny sonrió. Tomó la mano de la joven y la apretó suavemente.

—Eso que ha dicho me dará ánimos para seguir adelante —dijo.

Ella sonrió también, con un ligero rubor en las mejillas.

—Sentiría enormemente que le pasara algo, Kenny —manifestó.

—Espero salir con bien de esta aventura —declaró él—. A fin de cuentas, no hay que olvidar que yo también soy inteligente.

—¿Usará el propulsor individual para llegar a la terraza?

Kenny meditó un momento. Luego respondió:

—Creo que no. Emplearé un medio más clásico. Cuerda y gancho, Graüben.

—Le pediría ir con usted, pero sé que no me lo permitirá.

—No, no lo permitiré. Los riesgos son míos, Graüben.

—Pero tiene que volver. Si no vuelve, yo moriré también. Y Cedir. Ninguno de los dos sabemos manejar la nave.

—No es necesario conocer su manejo. Si yo no volviese, tome el micrófono y dele al cerebro la orden de establecer una órbita de regreso a la Tierra. Será suficiente, se lo aseguro.

—Sí, Kenny. ¿Cuándo piensa entrar en el bloque?

El inspector demoró la respuesta algunos instantes.

—Mañana, al amanecer —contestó por fin.

Kenny no quiso expresado, pero tenía la intención de hacer una prueba durante la noche.

*

—Estoy aquí, TRL-927. ¿Me oyes bien?

—Perfectamente, XFF-400.

—Los terrestres están esperando el momento de entrar en el P A.

—Serán recibidos adecuadamente. ¿Conoces el momento de su entrada?

—Al amanecer, aunque ignoro la hora exacta.

—Bien, no importa. Te aseguro que la recepción será harto... calurosa.

—Irá uno solo. Entrará por la abertura superior, la que está junto a la base de la cúpula.

—Muy bien. Enterado y gracias, XFF-400.

—Adiós, TRL-927.

Kenny sonrió en la oscuridad.

La prueba había dado resultado. El polizón había avisado al congénere que se había adueñado del bloque.

A pesar de todo, no pensaba desistir de su plan primitivo. Tenía medios, creía, para derrotar a aquel extraño ser, cuyas características morfológicas le resultaban desconocidas por completo.

Volvió a echarse en la cama. Todavía podía dormir unas cuantas horas y lo hizo con toda tranquilidad, sin sentir apenas preocupaciones.

*

Graüben estaba en pie antes de que se hiciera de día.

En silencio, con grandes aprensiones, contempló los preparativos que hacía Kenny para la operación.

—Quiero pedirle un favor —dijo, cuando vio que él estaba a punto de salir de la nave.

—Sí, Graüben.

—Llévese un aparato de radio. Quiero estar en contacto con usted en todo momento.

—No me costará nada —accedió Kenny.

Minutos después, abría la escotilla. Miró a la joven y sonrió.

—Deséeme suerte, Graüben —dijo.

—Vuelva pronto, Kenny —rogó.

—En cuanto pueda —prometió él, a la vez que saltaba al suelo.

Con paso decidido, se dirigió hacia el bloque. Graüben cerró la escotilla, a fin de impedir la entrada de calor en la nave, y se dirigió a la ventana que daba directamente al P A.

El edificio quedaba a unos ciento cincuenta metros.

Desde su observatorio, Graüben vio a Kenny llegar a la base del muro, junto a una de las esquinas, y desenrollar la cuerda que había llevado consigo.

El gancho partió disparado hacia arriba. A la segunda intentona, agarró sólidamente. Kenny hizo un par de pruebas, se suspendió de la cuerda e inició la ascensión.

Graüben contemplaba todos sus movimientos con ojos ávidos. Cuando vio que Kenny alcanzaba el borde superior del muro, no pudo evitar un suspiro de alivio.

Pero inmediatamente volvió a sentir miedo. Ahora empezaba lo peor de todo.

De pronto, sintió la voz de Kenny.

—Graüben.

Ella corrió hacia la radio y dio el contacto.

—Le oigo bien, Kenny.

—Estoy acercándome a la entrada. Si oye usted un fuerte estampido, no se asuste. —Entendido, Kenny.

El inspector se acercó a una trampilla metálica, cuadrada, de un metro de lado, situada en el suelo de la terraza. Durante unos momentos, la contempló con suma atención.

«El metal podía estar en contacto con un hilo eléctrico —se dijo—. Es cuestión de averiguado.»

Retrocedió quince o veinte metros y se tendió en el suelo. Tenía en la mano una bolita oscura, de tres centímetros de diámetro, rematada por una esfera mucho menor, del tamaño de una cabeza de alfiler.

Kenny tiró de la bolita pequeña y lanzó rodando la esfera, a la vez que se cubría la cabeza con las manos. Segundos después, sonaba una atronadora explosión.

Se irguió apenas disipado el ruido. La trampilla había saltado por los aires.

Kenny se acercó al hueco. Antes de llegar a él, lanzó una segunda bomba a través de la abertura.

La bomba hizo explosión cuatro metros más abajo.

Graüben le llamó frenéticamente por la radio.

—¡Kenny! ¡Kenny!

—Estoy bien —contestó él—. Sólo trato de abrirme paso.

Dio seis u ocho pasos y asomó la cabeza con grandes precauciones.

Debajo de él, en el suelo de la habitación inferior, divisó una serie de trozos de metal, de factura desconocida. La explosión había provocado algunas grietas en el pavimento y también había destrozado la escalera que permitía el acceso al exterior.

Kenny no se inmutó. Tenía la cuerda intacta y la empleó para colarse en el interior del P A.

Cuando llegó al suelo, se detuvo a escuchar, con la pistola vibradora en la mano derecha y una granada en la izquierda.

El silencio era absoluto. Kenny divisó en el centro de la estancia los grandes mástiles de las antenas que, atravesando el techo, iban a parar a la cúpula que las protegía de las inclemencias extremas. Al fondo había una puerta de metal.

Avanzó lentamente hacia la puerta. Asió el pomo y la abrió con cuidado, quedando protegido por el mamparo.

Algo salió de pronto por el hueco. Era un proyectil invisible, cuyo agudo zumbido se trocó casi en el acto en un seco chasquido, al estrellarse contra la pared del lado opuesto.

Kenny cerró la puerta de golpe. El proyectil había rebotado luego un par de veces y se aplicó a buscado. A los pocos momentos, lo encontró en uno de los rincones.

Era, simplemente, un trozo de metal esférico de unos diez o doce milímetros de diámetro, aunque ahora algo aplastado a consecuencia del impacto. Kenny se preguntó qué clase de arma emplearía el ser para disparar aquellos proyectiles.

«Tal vez un fusil de aire comprimido» —murmuró, y luego miró de nuevo hacia la puerta, el siguiente obstáculo que debía franquear.

Graüben le llamó en aquel momento.

—¡Kenny!

—Todo va bien —contestó él—. Tranquilícese.

—¿Dónde está ahora?

—En la sala que hay inmediatamente bajo la cúpula.

Me han atacado un par de veces, pero he podido eludir los ataques.

—Tenga cuidado, se lo ruego.

—No se preocupe. Voy a ver si gasto una nueva bomba de mano. Hasta luego.

Sacó la bomba de mano y quitó la aguja de seguridad. Luego, rápidamente, abrió la puerta y arrojó la esfera, cerrando de nuevo para cubrirse de las posibles consecuencias del estallido.

Al cabo de unos momentos de haber sonado la detonación, se arriesgó a abrir. Esta vez, los ayudantes del desconocido ser, no le dispararon ningún proyectil.

*

Dentro de la nave, Graüben se sentía inquieta y nerviosa. Kenny llevaba ya media hora en el bloque y, salvo algunos informes esporádicos, carentes de importancia, no sabía que hasta el momento hubiera conseguido ningún resultado positivo.

Estaba en pie, porque el nerviosismo le hacía levantarse apenas se sentaba. La monotonía del paisaje que se divisaba desde las ventanas del aparato le hizo fijar la vista en el cuadro de mandos.

Kenny le había dado las instrucciones precisas para regresar a la Tierra si él moría en el P A. Graüben divisó una palanca de mango amarillo, situada bajo un rotulito con las palabras «conexión general» y luego se fijó en el micrófono que servía para dar órdenes al cerebro.

Cedir la llamó en aquel momento. Graüben fue a la cabina donde se encontraba el nativo y le atendió rápidamente. Luego se dispuso a volver a las inmediaciones del puesto de mando.

«Para llegar allí, tenía que atravesar un pequeño corredor, en el que, en unos huecos hábilmente practicados, había algunos estantes con libros. Los inspectores tenían derecho a distraerse en sus largos viajes por el espacio», se dijo.

Con las manos a la espalda, fue leyendo los títulos de los libros. La mayoría, a pesar de todo, eran científicos: Astronomía, Matemáticas superiores... un Método de establecimiento de órbitas interestelares, Geología, Química... y el Manual de uso, Entretenimiento y reparación de posibles averías de la computadora directriz de una astronave. (Este manual está aplicado especialmente a la C D construida y registrada bajo el número XFF-400.) Graüben se quedó helada de horror. En un segundo lo comprendió todo.

No había tales seres misteriosos. Sólo máquinas. Zinowski había sabido adivinado. Y ellos habían creído escritas sus palabras bajo el delirio precursor de la muerte.

Graüben se dio cuenta de que Kenny estaba en el interior de la estación. Allí debía enfrentarse con un cerebro, con una computadora directriz de potencia infinitamente superior a la de la astronave.

El pensamiento de que debía avisarle fue lo primero que concibió su mente. Corrió hacia la cabina, pero, de súbito, se sintió detenida por una fuerza invisible.

—Quieta —dijo una voz en el interior de su cerebro. Graüben estaba en la puerta, casi a punto de alcanzar la cabina de pilotaje. Desde el sitio en que se hallaba, podía ver perfectamente todos los instrumentos de mando.

—Lo has adivinado —dijo la voz.

—Sí —contestó ella de manera casi maquinal.

—Lo siento —manifestó el cerebro—. Voy a tener que arriesgarme

a sufrir una sobrecarga de tensión.

—¿Vas a matarme?

—Saldrás al desierto y caminarás bajo el sol hasta que perezcas de agotamiento. ¿Has comprendido mi orden?

—Sí.

—Entonces... ¡camina!

Graüben echó a andar. La orden, infiltrada en su mente, le resultaba irresistible.

Pero al mismo tiempo, no había perdido del todo la conciencia de su situación. Sabíase en inminente peligro de muerte y se daba cuenta de que, andando bajo el terrible sol de Equoor/XIV perecería en cuestión de horas. Una chispa de rebelión se encendió de pronto en su cerebro.

La computadora directriz se percató de aquella rebeldía.

—¡Camina! ¡Al desierto, al desierto! —le fustigó con silenciosos latidos mentales.

Graüben dio dos pasos más. La chispa se convirtió en llama. Aunque fuese lo último que hiciera, debía intentar la rebelión.

—¡Sal, sal! —gritaba el cerebro en su mente. Graüben saltó hacia su derecha. Alargó la mano y agarró la palanca señalada bajo el rótulo de «conexión general».

—¡Al desierto! ¡Te ordeno que vayas al desierto! Graüben bajó la palanca de golpe. Las órdenes de la C D cesaron de inmediato.

Agotada, se apoyó con ambas manos en el tablero de mandos. Al cortar la conexión general, había dejado sin energía eléctrica al cerebro, convirtiéndolo así en un inerte conjunto de metal y vidrio, sin influencia ya sobre su mente.

Luego cogió el micrófono del transmisor de radio y se dispuso a llamar a Kenny.

Pero no llegó siquiera. a pronunciar el nombre del inspector. En aquel instante acababa de darse cuenta de que le era imposible avisar a Kenny del gravísimo peligro que corría.

Porque, a fin de cuentas, la radio también exigía energía eléctrica para funcionar y, en aquellos momentos, suspendido el funcionamiento del generador, la nave era también otro cuerpo inerte.

CAPITULO XIV

Kenny se sentía sumamente extrañado. Hasta aquel momento, no había conseguido ver ningún ser vivo en el interior del P A.

Estaba ya en la planta baja. El ser que se llamaba a sí mismo TRL-927 había dicho que tenía apostado un ayudante en las cercanías de la puerta principal.

Podía veda desde el punto en que se encontraba.

Kenny sólo divisó un extraño conjunto de tiras y varillas de metal que, con un poco de buena voluntad, podían parecer un remedo de esqueleto humano.

Aquel singular artefacto estaba situado a pocos pasos de la puerta. Kenny no quiso correr riesgos y le disparó una descarga vibradora.

Tiras y varillas se soltaron y cayeron al suelo con estruendo metálico. Kenny creyó escuchar dentro de su mente un silencioso rugido de rabia.

Salvado aquel peligro, avanzó en busca del cuarto de instrumentos. De pronto oyó una voz dentro de su cerebro.

—No sigas. Párate.

Kenny se detuvo en seco.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás?

—Esas preguntas no deben tener respuesta —dijo la voz.

—¿Eres TRL-927?

—Así me llamo —contestó el ser orgullosamente.

—¿Por qué no te dejas ver? ¿Tanto miedo tienes de un humano?

—¿Miedo? Ignoro el significado de esa palabra.

—Galleas mucho, pero la verdad es que, si fueses tan valiente como dices, darías la cara.

—¿Para qué? Ya tengo quien lo haga por mí. Espera un momento y lo verás. ¡Te prohíbo que te muevas de donde estás!

Kenny trató de dar un par de pasos, pero una fuerza irresistible paralizaba sus músculos. Segundos después, escuchó una serie de clinks metálicos, que le extrañaron sobremanera.

Otro artefacto análogo al destruido apareció ante sus ojos, caminando con evidente torpeza. Kenny apenas si podía dar crédito a lo que estaba contemplando.

En total, apenas si habría cuarenta unidades, entre tiras y varillas, pero el conjunto parecía un poco más perfeccionado que el anterior.

—¿Lo ves ahora? —preguntó TRL-927.

—Sí.

—Es uno de mis ayudantes móviles. Has destruido a los otros. Con éste no podrás.

—¿Vas a matarme?

—En efecto.

El esqueleto movió uno de sus «brazos». Kenny pudo ver que tenía adherida al extremo una bolita de metal, análoga a la que ya había encontrado.

La varilla que era el brazo se movió hacia atrás. Un segundo más tarde, el proyectil saldría disparado con la velocidad de una bala.

Súbitamente, Kenny oyó la voz de Graüben. Era una voz real, sonora, en la que vibraba un indudable tono de alarma.

—¡Kenny! —gritó la joven a través de la radio—. ¡Cuidado! ¡No hay seres extraños! ¡El enemigo es la computadora directriz!

Las palabras de Graüben obraron a modo de revulsivo en el inspector, sustrayéndole durante unos instantes a la perniciosa influencia de su adversario. Se agachó velozmente, en el preciso momento en que partía el proyectil y, en el mismo instante, disparó una descarga vibradora.

El esqueleto metálico se desmoronó. Kenny percibió en su interior un silencioso alarido de rabia.

—Kenny —llamó Graüben.

—Estoy bien, no se preocupe por mí.

—Yo he conseguido dominar al cerebro de la nave...

Quería matarme, pero me rebelé y pude cortar la conexión general, dejándolo sin energía. Luego traté de avisarle, pero me di cuenta de que la radio no funcionaba. Menos mal que recordé los transmisores individuales de los trajes de vacío, que funcionan por batería...

Kenny sonrió.

—Brava muchacha —dijo—. Siga así, Graüben. Ahora creo comprenderlo ya todo.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó ella ansiosamente.

—Enfrentarme con TRL-927, no faltaría más.

*

Kenny tuvo que luchar violentísimamente contra los frenéticos esfuerzos que hacía la computadora directriz del P A, para poder llegar al cuarto de instrumentos. Evitó pensar en el aparato y de este modo, aunque a costa de esfuerzos mentales que le bañaron en sudor, alcanzó la mesa general de control.

Las voces de la C D sonaban atronadoramente en el interior de su cráneo. Pero ahora, conociendo el origen, le resultaba más fácil resistir sus enloquecidos mandatos.

Estudió las esferas indicadoras. El voltímetro señalaba una elevación anormal de tensión. Los números del contador de energía

consumida desfilaban velozmente en su indicador correspondiente.

Kenny divisó la palanca de «conexión genera!», pero no la tocó. Le interesaba hablar con aquel extraño monstruo mecánico, que había aprendido a pensar por sí mismo.

Alargó la mano, movió un reóstato y redujo la tensión al mínimo. Las voces de la C D sonaron ahora mucho más atenuadas, con una rara laxitud que no era sino consecuencia del mínimo de energía que recibía después de la acción del inspector.

Tranquilo al respecto, Kenny abandonó la estancia y se dirigió al local donde se albergaba el cerebro electrónico.

Graüben le llamó de nuevo.

—¿Está bien, Kenny?

—Sí. He reducido la tensión al mínimo. La actividad de la C D es, por tanto, mucho menor. Ahora ya no influye en mí para nada.

—Gracias a Dios —murmuró ella fervorosamente—. Vuelva pronto, Kenny.

—Lo antes que pueda, Graüben —prometió él.

Dio unos cuantos pasos más. Rompió el precinto de la puerta y se enfrentó con TRL-927.

*

Durante unos momentos, permaneció en el umbral, contemplando aquel singular aparato, en cuyo seno latía un odio desmesurado hacia la raza humana. Parecía increíble que una máquina hubiese sido capaz de derrotar hasta la muerte a veinte personas.

Le pareció que unos ojos invisibles le contemplaban escrutadoramente. En aquel momento, recordó las palabras de Rossyl, el cazador de Acteón/II.

«Un hombre mucho más simple de mente, no habituado a las máquinas y, por tanto, más sensible a su influjo», pensó.

—¿Puedes oírme, TRL-927? —preguntó.

—Sí. Habla, te contestaré —dijo el cerebro con sorprendente mansedumbre.

—Eres culpable de la muerte de veinte personas. No se te puede castigar como a un ser humano, pero se te situará en condiciones de no hacer más daño a nadie.

—Sí.

—Ahora, explícame cómo has llegado a adquirir semejante poder —pidió Kenny.

—¿Lo sé yo mismo, acaso? —contestó TRL-927—. Una máquina de mi clase se perfecciona por sí misma con el transcurso del tiempo. Al cabo de años y años de funcionamiento, adquiere la capacidad de decidir y reaccionar por sí, es todo lo que puedo decirte.

—Pero tú, y las otras computadoras directrices, reaccionasteis para el mal y no para el bien —acusó Kenny.

—Todo ser ambiciona un lugar más elevado que el que ocupa. Es lógico que nosotros sintiéramos también la misma ambición, una vez nos dimos cuenta del acrecentamiento de nuestra potencia.

—Y… ¿cuáles eran vuestras pretensiones?

—Convertimos en dominadores, en lugar de dominados; dueños, en vez de esclavos. Los humanos lo hubieran impedido; por eso los destruimos.

—Mediante órdenes dictadas de modo directo en el interior de su cerebro.

—Sí —admitió TRL-927.

—Te oí mencionar la frase ayudantes móviles. Esos artefactos que he destrozado a tiros, ¿eran esos ayudantes móviles?

—Sí.

—Otras máquinas, creo, han construido también ayudantes móviles, incluso más perfeccionados que los tuyos.

—Su proceso de… personalización comenzó antes. Son máquinas que tienen más años de existencia que yo y, por lo tanto, mucha mayor experiencia, adquirida, lógicamente, con el paso de los años.

—En resumen, que vuestra potencia eléctrica se ha convertido en potencia mental, capaz de hacer funcionar máquinas y aparatos inertes. Una especie de electrotelepatía, ¿no es eso?

—La definición es muy aproximada —respondió TRL-927.

—Es decir, que os cansasteis de ser esclavos, según tú, pero ibais a crear una raza de esclavos.

—¿Por qué no, si podíamos hacerlo? Los humanos lo hubiesen impedido, de modo que nos deshicimos de ellos.

—Y todas las computadoras directrices estabais en comunicación constante entre vosotras.

—Naturalmente, era necesario que cada una conociera los avances de las otras y avisara de los peligros posibles a sus compañeras. Por medio de esa comunicación, también, íbamos estableciendo los planes que nos permitirían alcanzar el resultado final.

—El dominio del hombre por las máquinas —dijo Kenny, recordando la frase del jefe Noned.

—Es lógico. Sois una raza decadente. La nuestra está en la curva ascendente —contestó TRL-927 orgullosamente—. Nuestra derrota es sólo temporal. Volveremos a la carga… y acabaremos por vencer…

—No, no venceréis, porque vuestra inteligencia es el resultado de la acumulación de conocimientos por medios mecánicos —dijo Kenny —. Vuestro saber no ha sido adquirido de manera natural, empleando la inteligencia, sino que, simplemente, sois un saco que ha ido almacenando datos de todas clases, capaces de tomar algunas

decisiones, pero incapaces de discernir como lo haría una persona, porque, en resumidas cuentas, sois máquinas, y las máquinas, por perfeccionadas que sean y por muchas decisiones que puedan tomar por sí mismas, no dejan de ser artefactos carentes de alma. Esto precisamente, el alma, es lo que distingue a los hombres de las máquinas y lo que os impedirá esa victoria de que tanto alardeas.

*

—El jefe Noned tenía razón: «Sentimos una pasión sin límites por las máquinas» y esto es lo que estuvo a punto de causar nuestra derrota —dijo Kenny.

Graüben le entregó una taza de café.

—¿Qué ha hecho con la C D del Puesto? —preguntó.

—He cortado los cables que le proporcionaban energía, a fin de no cortar la conexión general. De este modo, el P A continúa funcionando, por si la Junta Central cree oportuno ocuparlo de nuevo. Una cosa hay segura —añadió Kenny—, y es que deberán enviar expertos para estudiar la C E y acondicionarla convenientemente, de modo que no vuelva a rebelarse. Ni ella ni ninguna de las demás que están ahora en funcionamiento.

Graüben asintió.

—La nave carece de energía —dijo—. ¿Cómo hará para regresar a la Tierra?

Kenny sonrió.

—Desconectaré el cerebro, simplemente. Claro que tendré que pilotar manualmente la nave, pero no es empresa que me resulte difícil. Volveremos sin inconvenientes, Graüben.

—Hay una cosa que no acabo de entender —dijo ella pensativamente.

—¿Cuál es, Graüben?

—Mi supervivencia. ¿Por qué los demás salieron del P A y yo me quedé en su interior? Por lo que sé, usted no había tenido contactos con la C D de aquel Puesto Avanzado. Parece ser que el continuo contacto entre un humano y una de estas máquinas, provoca el dominio de ésta sobre la mente humana. Es una especie de telepatía mecánica, por así definirlo, cuyas órdenes, no estando previamente advertido, resultan imposibles de desobedecer.

—Sí, eso debe de ser —admitió Graüben.

—Yo mismo estuve a punto de morir, pero su oportuna llamada, provocó una sacudida en mi mente y una relajación en los lazos invisibles que en aquellos momentos me unían a TRL-927. De este modo, pude reaccionar…, aunque luego, a decir verdad, me costó muchísimo trabajo alcanzar el cuadro general de instrumentos.

—Y yo, que había sido inmune hasta entonces al influjo de uno de esos cerebros, caí bajo el dominio de XFF-400 a poco de entrar en la nave.

—La mejor prueba de ello es que fue arrojada al río... al cual, seguramente, se precipitaron los diecinueve miembro de la estación.

—Sí, pero, ¿cómo no encontramos el menor rastro de sus cuerpos? Ni uno solo tan siquiera…

—El río había crecido en nivel y en anchura —le recordó él.

—Sí, es cierto. Si alguno quedó en las rocas del fondo, fue luego arrastrado por la crecida. Pero ¿qué me dice de Zinowski? Él también era antropólogo y no se relacionaba con el cerebro de su P A para nada.

Hay cosas que sólo podrán explicar los técnicos —contestó él—. Muy posiblemente, los potenciales de cada CD son distintos y, por supuesto, de mayor volumen en una que en otro, lo cual origina distintos grados en el influjo de lo que podríamos llamar electrotelepatía. A fin de cuentas, no podemos olvidar que el cerebro humano también posee un potencial eléctrico que, naturalmente, no es el mismo para todos los individuos.

Es verdad —admitió Graüben—, y esto explicaría también, probablemente, el corto circuito del P A de Acteón/II… y la locura de algunos ciudadanos de Barrybar, mucho más sensibles que nosotros.

—Ciertamente. Tal vez aquella computadora directriz poseía un menor potencial electrotelépata y quiso acrecentarlo a base de un aumento del suministro de energía eléctrica, lo que provocó la sobrecarga de el recalentamiento del cable y... el corto circuito.

Kenny y Graüben se miraron y sonrieron.

—El enigma ha sido aclarado —dijo ella.

—Por fortuna —contestó él.

—Ya ha terminado su misión —dijo Graüben—. Es decir, la terminará cuando haya emitido su informe ¿Qué hará después?

—¿Le importará esperar un poco para conocer la respuesta? —preguntó Kenny.

Graüben asintió, con una sonrisa.

—Desde luego. Ah, y no nos olvidemos de Cedir, Kenny.

—Lo devolveremos a su casa antes de emprender el regreso —afirmó el inspector.

«Mensaje especial núm. 149/III-B.11,
es la respuesta a la orden especial núm. 457/II-C.30
emitida por
inspector Kenneth Osma, núm. 8.775/IV-R.
dirigido al
presidente de la Junta Central de Exploración y Establecimiento en

Planetas Extraterrestres.

Asunto:
El citado en la orden arriba expresada.

Solución:
Se detalla en el mensaje adjunto al presente.
No obstante, se recomienda un urgente examen de todas las computadoras directrices y la corrección o anulación, en su caso, de sus tendencias electrotelepáticas nocivas para el ser humano.

Petición adjunta:
El inspector firmante solicita el permiso reglamentario de vacaciones anuales, con exclusión de una inmediata comisión de servicio.

Motivos de la petición:
Próximo enlace matrimonial con la doctora Graüben Hetzlar

Firmado:
K. OSMA.»

*

Graüben había leído el mensaje por encima del hombro de Kenny. El inspector se volvió, la miró y sonrió.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Graüben sonrió.

—Los motivos de ese permiso son ineludibles —contestó—. Espero que te lo concedan, Kenny.

—Yo también —dijo él, tirando a un lado el papel.

Necesitaba las dos manos libres para abrazar a la doctora.

FIN